

# MIS ENCUENTROS CON MARIA

Autora  
María Susana Ratero



Ratero, María Susana

Mis encuentros con María. - 2a ed. - Villa María : el autor, 2011.  
90 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-05-9896-1

1. Literatura Piadosa. 2. Relatos. I. Título  
CDD A863

Fecha de catalogación: 02/12/2010

Diseño de tapa: *María Susana Ratero*

Ilustraciones: *Constanza Yáñez (Méjico)*

Segunda edición: *Febrero 2011.*

Derechos exclusivos de publicación y distribución:

María Susana Ratero  
susanaratero@yahoo.com.ar

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

Agradecimientos:

A mi familia

Al Padre Pedro Azuar, de Murcia, España. ([www.mercaba.org](http://www.mercaba.org)) que le puso alas a mi sueño de escribir para María.

A Fr. Carlos, que me aconsejo prudentemente.

A todos los que hacen [www.es.catholic.net](http://www.es.catholic.net), por su inestimable apoyo y sincera amistad.

A mis amigos de [www.autorescatolicos.org](http://www.autorescatolicos.org) por acompañarme hace tiempo.

A [www.cofradiarosario.net](http://www.cofradiarosario.net) , [www.catholicosonline.com](http://www.catholicosonline.com) ,  
[www.camineo.info](http://www.camineo.info) , [www.marialuzdivina.com](http://www.marialuzdivina.com) ,  
[www.parroquiasantateresita.com](http://www.parroquiasantateresita.com) , [www.encuentra.com](http://www.encuentra.com)  
por hacerme un lugarcito en su casa virtual

A las personas de mi ciudad que me acercaron el papel, la tinta y las tapas que forman este libro. Que la Virgen se los pague, como solo Ella sabe hacerlo.

A mis amigos de internet, a todos y a cada uno en especial, por sus oraciones, por su apoyo, por su compañía en la distancia, por ser mis “cireneos” cuando las penas pesan en el alma.... Gracias.....

A mis amigas de la ciudad, por sus oraciones y su cariño... Gracias...

A todas las personas con las que comparto mi trabajo en la oficina, quienes me acompañaron y alentaron mientras este sueño de imprimir nacía y crecía.

A María de Nazaret, por ser mi mamá.

## PRÓLOGO

He aquí en tus manos un pequeño y sencillo libro que ha nacido y que es fruto del amor que brota, que nace, que surge del corazón, como lo indica la misma autora.

Con palabras de la vida de cada día, llenas de ternura, de movimiento, se nos invita a entrar en nuestra historia en compañía de María y, por supuesto, a hacer el camino de Jesús, en referencia al Hijo de Dios (Anunciación, Nacimiento, la infancia de Jesús, su tarea evangelizadora, Pasión y Muerte, Pascua...).

Se nota que Susana vive y siente a María y con María, que le es muy familiar, le es cotidiana, y con facilidad y estilo le hace cómplice de sus diálogos, de sus preocupaciones, de su vida, de sus sentimientos. Una mano, un corazón femenino en contacto con otro corazón femenino, nada menos que con el de María.

Junto con la palabra leída es muy fácil ilustrar cada línea de este libro porque la imaginación nos permitirá rápidamente situarnos en el espacio, en el tiempo, en los acontecimientos, de tal manera, que no nos resultará nada complicado identificarnos con ellos, pues también son los nuestros.

En definitiva, este "paseo con María Santísima" nos ayudará a profundizar en la grandeza de María desde la plena sencillez; insertando, injertando a María en el hoy de nuestra vida y sabiendo que aunque ella vivió en una época muy distinta a la nuestra social, cultural, económicamente es posible hacerla cotidiana pues, a fin de cuentas, el camino es el mismo. Y nos permitirá, también, "transportar" a la actualidad el mensaje mariano de entrega, fidelidad, sacrificio, gozo, confianza, humanidad, donación... de una manera muy actual.

El primer y el último capítulo sirven de marco general, de una manera original, al resto del texto. El primero, "*De paseo con María Santísima*", nos ayudará a situarnos a encontrarnos con el libro. El último, por otra parte, "*Tu encuentro con María*", será la llave, la clave que deja abierto el libro para que lo finalice cada uno, cada lector o lectora. Nada menos que una hoja en blanco nos invitará a entrar en nosotros mismos y a continuar ese diálogo que hemos podido

comenzar a lo largo de las páginas y a expresar lo que Ella nos sugiere, lo que Ella nos supone.

La peculiaridad de este pequeño libro es que lo ha redactado una mujer de hoy, una mujer casada, que tiene que hacer frente cada día a los mil quehaceres como madre, esposa, ama de casa, trabajadora, pero que ha sido capaz de humanizar a María, de encontrarla en la plena humanidad, a hacernos sentirla como verdadera madre que camina con nosotras. Una mujer que desde su gran fe ha querido compartir con cada uno de nosotros ese gran don, ese gran regalo de sentir y de vivir a Dios como Padre/Madre-Hermano y a María como Madre, Compañera, Amiga fiel.

Ojalá que estas palabras te ayuden a ti lector/a a "cerrar los ojos" y a meditar, a profundizar en el misterio insondable de la vida que se te ha dado, que se te ha regalado , y a querer un poco más a María que no es más que amar un poco más a Cristo Jesús y a su Padre Dios.

Conchi y Piedad

Hijas de la Caridad

España

\*\*\*\*\*

Este es mi primer libro, los siguientes son:

2º: *Palabras... bajo el manto de María*

3º: *Con María, multiplicando migas*

NOTA de la autora:

*"Estos relatos sobre María Santísima han nacido en mi corazón y en mi imaginación por el amor que siento por Ella, basados en lo que he leído. Pero no debe pensarse que estos relatos sean consecuencia de revelaciones o visiones o nada que se le parezca"*

Amigo lector, puedes escribirme a:  
[susanaratero@yahoo.com.ar](mailto:susanaratero@yahoo.com.ar)

Las referencias bíblicas han sido tomadas de "El Libro del Pueblo de Dios" Ediciones Paulinas, 8º edición.

Este libro se publica con autorización de quien fuera Obispo de Villa María (Cba, Argentina), Mons. Roberto Rodríguez.

***Este libro que tienes en tus manos no has de pagarlo con dinero. Te pido, por caridad, que ofrezcas diez Misas por las Benditas Almas del Purgatorio. Si no tuvieres dinero para dar una limosna por las Misas, alcanza con que las ofrezcas en tu corazón al comenzar la celebración.***

***La autora.***

## INDICE

I	De paseo con María Santísima.....	8
II	El Ángel Gabriel y la Inmaculada.....	12
III	Con María, recordando la Anunciación.....	15
IV	Secreto de María, secreto de mujer.....	19
V	El Primer dolor de María y José.....	24
VI	Hacia la profecía: El Nacimiento.....	29
VII	Con María, hacia mi propia Navidad.....	34
VIII	De cara al mundo.....	40
IX	Anuncios Dolorosos .....	44
X	Con María, el día de los Santos Inocentes .....	50
XI	Con María y un doloroso anuncio de la Pasión.....	56
XII	En Domingo de Ramos .....	62
XIII	Con María, camino del Calvario .....	65
XIV	Con María, esperando la Resurrección.....	71
XV	Con María, recordando la Ascensión .....	73
XVI	Con María, esperando Pentecostés .....	76
XVII	Con María, en la fiesta del Corpus .....	82
XVIII	Con María, en busca del Sagrado Corazón de Jesús .....	85
XIX	María y un río de rosas .....	88
XX	Tu encuentro con María .....	91

## De paseo con María Santísima

Cae la tarde en mi ciudad, el sol suele esconderse rojizo en este rincón del planeta... el aire tibio y perfumado de una primavera que insiste en llegar antes de tiempo, me acaricia el rostro; mientras mis pasos me llevan hacia una pequeña placita.

Allí te encuentro, dibujada sobre los cerámicos amarillos, con tu niño en brazos, muchacha de Nazaret... y tu mirada me llega al alma. Puedo sentirte en el aire, en el perfume de los rosales cercanos, hueles a rosas, María, hueles a primavera.

Me siento en un banco, estoy cansada por la larga jornada, el trabajo, los chicos, la casa, las cuentas... los problemas de todos los días que, por repetidos y comunes, no dejan de ser problemas. Te miro y te pido ayuda. Espero tu sabio consejo, tal como, “Mira, Susana, haz esto o aquello, etc., etc., etc.”. Te miro y espero que hables a mi corazón, en lugar de eso me miras y dulcemente murmuras a mis oídos: “Ven... vamos de paseo”.

No comprendo, de veras no comprendo, pero te sigo mirando... y los cerámicos amarillos parecen tener luz.

- Ven, -repites- ven conmigo a Nazaret.
- ¿A Nazaret?

Sí, me invitas a Nazaret, cierro los ojos y te sigo. Caminamos por varios sitios que no recuerdo, bueno, en realidad no los miro, sólo te miro a ti, tan dulce, tan bella, tan real.

Al llegar a una pequeña aldea dices:

- Espérame aquí, volveré por ti- susurras mientras me acomodas tras unos árboles de especie desconocida.

- Pero, Señora, ¿Adónde vas? Por favor, ¡No me dejes sola aquí!
- ¿Dejarte, hija querida? ¿Dejarte sola? Nunca lo hice y nunca lo haré. No temas, estaré al alcance de tu vista en todo momento y, jamás lo dudes, volveré.

Te alejas, majestuosa en tu sencillez, tus ropas se tornan igual que la de las mujeres del poblado. Entrás a una pequeña casa hecha de adobe, que en nada se diferencia del resto, y buscas un cántaro de barro, (No sé por qué razón pero puedo verte a través de las paredes), una cubeta de cuero y una sogá lo suficientemente larga



para llegar con la cubeta hasta el nivel del agua. Tomas los enseres y te dispones a salir. En ese momento un joven alto, de impecable mirada y voz de campanas, que entra desde el fondo de la casa, te dice:

- Madre, espera...

- Sí hijo, dime...

- Madre, yo lo siento, es que mi túnica se ha roto por accidente... discúlpame por favor.

Lo miras con infinita ternura y respondes:

- No te preocupes, cámbiate y esta noche lo remendaré.

- Es que, madre, debo entregar unos trabajos esta tarde, y, tú sabes...

- Bien, me apuraré, pero ayúdame con el almuerzo, no tengo tantas manos.

El joven asiente y desaparece tras una puerta, y tú te encaminas hacia el pozo.

Allí hay muchas mujeres rodeando a una que llora desgarradoramente. Dejas tu carga a un costado y te acercas, silenciosa. La pobre mujer ha perdido la única moneda que tenía para alimentar a sus hijos.

Vas rápidamente hasta tu casa y, mientras Jesús lava cuidadosamente sus manos para la hora de comer, tomas un trozo de pan y poco de leche que él acaba de servir.

Cuando te dispones a salir te dice:

- No cambias ¿Verdad?... Ah! Mi dulce madre, tan generosa y de corazón tan sensible, ¿te dije ya cuanto te amo?

Se te nublan los ojos... sabes que no puedes tener secretos con Él. Lo amas... lo amas tanto... Te despides con una mirada que es más elocuente que mil palabras.

- En el fondo de su jarro, madre...

- ¿Qué dices?- preguntas.

- Dile que busque en el fondo de su jarro, allí está la moneda.

Nada dices. Te contempla partir. Te mira con ternura pues sabe que no es fácil vivir con Él.

Te acercas a la mujer y le das los alimentos y, en una muestra de confianza digna de una madre, preguntas:

- Por casualidad ¿No habrá caído en el fondo de tu jarro?

Las mujeres te miran con incredulidad pero, como te respetan, observan dentro del cacharro. Allí esta la moneda. Cuando te buscan para comentarte ya no estás, sino que vas camino a casa, con el cántaro repleto de agua sobre tus frágiles hombros.

Junto a Jesús disfrutas de un sencillito almuerzo. Entre las conversaciones a veces quedan huecos. Se extraña la presencia de José.

Jesús vuelve luego al taller y tú a tus tareas, debes zurcir la ropa de tu hijo enseguida, y luego lavar, pues el cielo amenaza tormenta y los gruesos vestidos tardarán más de un día en secarse. Además, hay poca leña, por lo que tendrás que ir por más a un lugar un poco alejado, pero deberás esperar a que vayan varias mujeres, pues no está bien que vayas sola. Te sientas luego a zurcir, te duele la espalda y casi no ves, te acercas a la ventana, hay mejor luz... te cuesta trabajo terminar la tarea, pero está lista justo a tiempo para la salida del Hijo.

Va cayendo la noche... has trabajado mucho. Junto a Jesús oras un buen rato. Te da mucha paz mirarle a los ojos.

Llega el momento de descansar. Casi no se ve, pues hay aceite para una sola lámpara.

Tú sientes un fuerte dolor en la espalda por el peso de los trabajos y tus manos están callosas y ásperas. Jesús te ayuda entonces a extender las mantas sobre el piso y se acuesta, te quitas el velo un momento y alisas tu cabello. Te inclinas luego sobre el lecho de tu hijo y le besas la frente, una y otra vez... y sales de la casa sin hacer ruido.

Jesús, que se ha despertado con tan dulce caricia, siente como unas lágrimas caen por sus mejillas al tiempo que susurra” Tus besos me harán más soportables las espinas, madre querida”.

Dejas la casa y vienes hacia mí. Tus ropas vuelven a ser como las dibujadas en los cerámicos amarillos.

- Aquí estoy, Susana... ¿Ves?: Este fue mi hogar en esta tierra, yo también tenía días duros, días en los que el tiempo y las fuerzas me jugaban malas pasadas, días en que la rutina contrastaba con el

momento magnífico de la Anunciación y yo no entendía nada. Pero Él era mi fuerza y mi apoyo, mi amigo y mi consejero, por Él todo lo soportaba en silencio. ¡Ay!, mi querida ¿Sabes cuánto costaba el silencio?... mi secreto me acompañaba y no sabía yo si debía hablar o no. José me decía que el momento llegaría y el secreto se transformaría en signo de esperanza, pero la rutina es dura y puede gastar los corazones más fuertes si dejas que te absorba. Bueno, Susana, debemos volver.

Yo te miro con devoción, comienzo a llorar... entonces me abrazas, me abrazas con ternura y con fuerza, es el abrazo más dulce y pleno que recibí en la vida. Sólo atino a decirte: "Te amo, Señora mía, ¡Te amo tanto!..."

Volvemos a la placita, cuando abro los ojos veo que se acerca el sacerdote con otras personas y recuerdo que habrá misa. Me quedo, pues después de tu abrazo quiero también el abrazo de Jesús al recibir la Eucaristía.

Vuelvo a casa. Mi mirada está, iluminada, eso, iluminada, mi rostro ya no refleja el cansancio. Gracias, Madre, por escuchar mi oración. Gracias por enseñarme a ir a Nazaret a conversar contigo, de mujer a mujer. Hoy quiero contarle esta historia a una amiga mía que está un poco triste.

-----

Amiga que lees estas líneas, la casa de María está abierta también para ti, no dudes en ir a ella cuando estés agobiada, cuando la rutina, el dolor o la desilusión te nublen el alma, pero ¡por favor!, tampoco olvides ir a contarle cuando tu alma esté llena de risas, de pájaros de flores. Ella se alegrará mucho, le hará bien hablar contigo.

## *El Ángel Gabriel y la Inmaculada*

Es domingo soleado en mi tierra, vísperas de la fiesta de la Inmaculada Concepción.

Resulta, para mi corazón, una fiesta diferente sobre la Santísima Virgen María, ya que no nos habla acerca de lo que María “hizo” sino de lo que María fue, es y será por siempre, “La Inmaculada Concepción”. Quisiera preguntar a alguien acerca de lo que realmente significa ese regalo de Dios, ese detalle de exquisita delicadeza y necesaria pureza con que Dios adornó a la Virgen desde el vientre de su mamá.

Pero ¿A quién preguntar? ¿A María?... No sé, a ella, tan humilde como es, seguramente le costaría un poco hablar de tanta gracia derramada en su alma, aunque toda ella sea un canto de agradecimiento por tan generoso regalo.

Quisiera preguntar... pero ¿A quién?

-Pues, a mí.

Y una voz fuerte, armoniosa, segura y hasta perfumada le responde a mi alma. ¡El ángel Gabriel!

- Oh grandioso ángel, oh portador de mensajes celestiales, gracias por escuchar mi pedido.

-¿Qué quieres saber, hija de María?.

“Hija de María”... la frase me estremece el alma, de gozo, de añoranza.

-Pues, quisiera me explicarás lo que significa la fiesta de mañana.

-Bien, trataré, aunque tan grandes misterios no pueden comprenderlos, acabadamente, los hombres, el Espíritu permite que puedan conocerlos de acuerdo a sus capacidades. Te contaré acerca de ella, de María (y sus ojos resplandecen de amor y respeto), de la más hermosa criatura, del ser humano más delicado, piadoso, tierno, obediente y generoso que, a excepción de Cristo, jamás haya existido. María nació primeramente en el corazón del Padre, cuando el Hijo aceptó pagar el precio de la Redención de los hombres, por cierto, el más alto precio. Entonces, para la consumación del acto de amor más grande y más perfecto era

necesario un comienzo. Jesús pudo haber elegido mil modos diferentes de presentarse ante los hombres, pero eligió nacer, hacerse niño, caminar los caminos de los hombres desde el principio y para nacer necesitó una mamá, una cuna purísima que le cobijara por nueve meses, una compañera fiel que le acompañara, amorosamente, por treinta y tres largos y difíciles años. Allí es cuando, en el corazón del Padre, es concebida María, destinada a ser puente entre Jesús y los hombres. Nació primero en el amor de Dios y luego fue depositada en el seno de Ana, depositada con exquisita delicadeza. Los ángeles y los coros celestiales cantaron de gozo al ser testigos del comienzo de la vida de María, un comienzo especial, sin mancha de pecado original, un alma pura y preservada, la primera redimida por Cristo.

-¿Tú estabas allí cuando el corazón de mi Madre comenzó a latir?.

-Sí, el Hijo del Eterno me dijo “Cuando sea el tiempo te presentarás ante ella y le anunciarás los designios del Padre, mas no volverás hasta tener de ella una respuesta”. Yo estaba sorprendido del último detalle y por ello le hice este planteo: “¿Porqué he de esperar una respuesta si le estoy anunciando lo que ha de ocurrir de todos modos?”. El Hijo aclaró mis dudas enseguida: "Porque ella, aún siendo criatura, es libre, libre de aceptar o no, libre de creer o no. Quiero albergarme en sus entrañas, pero no podría hacerlo si antes ella no me alberga en su corazón.”

Gabriel recuerda esos momentos con infinita ternura.

-Ella fue pura desde el principio, llena de gracia, agradable a Dios en toda su conducta, en sus pensamientos y, por sobre todo, en su fe. No pienses que ella vivía en una abstracción del mundo, en una burbuja, no, ella vivía comprometida con su tiempo, en su relación de hija primero y de esposa prometida después. Ella también vivió la soledad y la tristeza, la espera y la angustia, pero lo vivía todo desde su amor a Dios, fue dotada de todas las virtudes de los santos, y ella las hizo florecer y crecer en su alma. También debió recorrer lenta y dolorosamente los caminos de la fe.

-¿La reconociste enseguida cuando bajaste a Nazaret?

-Sin duda, recuerda que puedo ver las almas, la suya resplandecía, no estaba atada por las cadenas del mundo ni por las del pecado, era el más digno aposento para el Mesías.

-Y cuando le hablaste, ¿Qué sentiste?

-Un gran respeto, por su humildad, por su entrega generosa, pero también por su valentía. ¿Sabes que si José la repudiaba podía haber sido apedreada en la plaza pública? ... Aún así, ignorando como Dios arreglaría todas las circunstancias, ella dijo "Sí" y su "Sí" fue, para los ángeles, el más bello canto de amor. ¿Comprendes, entonces, por qué es tan especial esta fiesta de la Inmaculada Concepción?.

-Bien lo comprendo ahora, amigo mío, bien lo comprendo. Gracias, gracias por haberme dedicado tanta atención, gracias por contarme estos tiernos secretos sin merecerlo yo en lo más mínimo. ¿Sabes? Iré a visitarla esta tarde, a decirle cuánto, cuánto, cuánto la quiero... y mañana estaré con ella, todo el día, la invitaré a mi casa, a tomar unos mates a la tardecita, a caminar entre los naranjos y los rosales del patio de mi casa. ¿Crees que vendrá?.

-¡Por supuesto que sí! Ella es tu Madre, tú eres su hija... Ella es la Madre de ustedes, los ama, los espera, quiere que todos lleguen a su Hijo; ése es su sueño, su anhelo, su misión desde aquel Viernes Santo cuando, en medio del mayor dolor, aceptó ser la mamá de todos, de cada uno, con nombre y apellido. Invítala confiada, que a ella le encanta visitar la casa y el alma de sus hijos.

-----  
Amigo mío que lees este pequeño relato, visita a tu Madre del Cielo en la parroquia más cercana a tu casa, invítala a tu casa y a tu corazón. Ten un encuentro personal con ella, deja que te abrace, te cuide y te proteja... pero, por sobre todas las cosas, escúchala, sus palabras son camino seguro, faro en las tormentas del alma, brújula en las noches tristes. Ten un buen día de la Inmaculada Concepción, y deja que ella te tome de la mano y te acompañe a la próxima Navidad.

## Con María, recordando la Anunciación

Hoy es la fiesta de la Anunciación, Señora mía, y hasta parece una contradicción que, en los días de la Cuaresma, cuando el alma está entristecida por la cercanía de la Pasión del Señor, se nos aparezca esta fiesta tuya, tan llena de luz, de perfumes, sueños cumplidos y música celestial para el alma.

- Tú lo has dicho, querida, - y tu voz, María, es caricia serena para el alma- tú lo has dicho, “parece” una contradicción, pero no lo es. En medio del dolor de la cuaresma el almanaque recuerda que ese Jesús que en Cuaresma caminaba hacia su misión, ese Jesús, algún día debió nacer...y para nacer necesitó ser concebido, latir y vivir en mi vientre durante nueve maravillosos meses.

- Cuéntame, Señora, cuéntame como fue...

- Verás, desde muy pequeña me fascinaban las palabras de Isaías:”La Virgen concebirá y dará a luz un hijo a quien pondrán el nombre de Emanuel...”( Mt 1, 23) “El Mesías...” El Ansiado... y mi corazón volaba por los paisajes buscando a esa doncella, la imaginaba rica y majestuosa, o pobre y sencilla, alta, baja, rubia, morena, de mil formas exteriores la dibujaba mi imaginación. Pero en todas veía un corazón enamorado de Dios. Por esos días, todas las doncellas de Israel compartíamos el sueño de ser la madre del Mesías, sueño del que, naturalmente, quedaban excluidas las viudas o las solteras, por no tener esposo...pero, a mí, querida mía, la palabra “Virgen” me descolocaba, me fascinaba, sentía la voz de Isaías en mi corazón.

- Pero, Señora ¡Sólo tenías quince años!

- Así es, era poco más que una niña llena de sueños y de risas, de proyectos y de amor por Dios. Por esos días estaba comprometida con José, que era un hombre bueno y me quería bien, y yo a él. A su lado me sentía segura y protegida.

- Pero el Ángel te descolocó, y te dejó bastante mal parada, amiga.

- Sí- sonrías, y esa sonrisa resulta, para Dios Padre, un canto de agradecimiento- cuando el Ángel llegó hasta mí yo me turbé, no sabía que pensar... ¡A mí! ¿Quién era yo? Y el Ángel me lo dijo:

“¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo”. A cada palabra suya era como si se descorrieran velos en mi interior... comenzaba a comprender algunas cosas, mas, aún faltaba mucho camino por recorrer. “...Concebirás y darás a luz un Hijo, y le pondrás por nombre Jesús; el será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin.” ¿Sabes amiga? El anuncio era magnífico, era lo esperado, lo ansiado por mi pueblo por años, pero, querida mía, José, que era escenio, y yo, habíamos hecho voto de castidad por amor a Dios Padre, es por ello que le pregunté al Ángel: “... ¿Cómo puede ser eso, si yo no tengo relaciones con ningún hombre?” ¿Comprendes, hija, mi planteo?. La pregunta hubiera resultado inútil y hasta ridícula si José y yo no hubiéramos tenido ese voto porque, simplemente, la concepción sería una cuestión de tiempo. El ángel no dijo “concebirás tal día”, solo dijo “Concebirás”... así que bien podía haberse dado la concepción luego del matrimonio. Pero el voto era tan fuerte y tan arraigado en el alma, que tuve el valor de plantearse al mismísimo Ángel. Entonces, la respuesta disipó todas las dudas y abrió todas las puertas de mi alma: ”El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el niño será Santo y será llamado Hijo de Dios. También tu parienta Isabel...” ¿Ves? Dios me hacía el anuncio y, al mismo tiempo, me daba una mano amiga para sostenerme pues, aunque yo no había tomado total conciencia de la magnitud de mi situación, Dios sí sabía que iba a necesitar alguien con quien hablar de esto. Entonces miré al Ángel, a sus mansos ojos y comprendí todo. Entonces allí apareció José en mi mente. ¿Cómo explicarle a él? ¿Lo entenderá?... Todos estos pensamientos pasaron por mi corazón en pocos segundos, mientras el Ángel aguardaba una respuesta... y fue allí donde todo mi amor por Dios, toda mi fe, toda mi confianza en la Providencia y todos mis sueños de mujer se transformaron en un solo grito:”Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho”(Lc. 1,26-38).



- ¡Señora mía! Los cielos, la tierra, los hombres, la historia, todos esperaban tu respuesta y todos te estamos más que agradecidos por tu “Sí”; pero sigue, Madre, sigue contándome...

- Bueno, fue luego de mi respuesta que las cosas sucedieron tal lo anticipado: La sombra del Altísimo me cubrió con suavidad, me envolvió con mil perfumes, el Espíritu descendió a mí y yo me hallé habitada por la paz más profunda, más perfecta y más increíble que pueda sentir un ser humano. Lentamente llevé las manos a mi vientre y... ¡Sí! El Ansiado estaba allí, todo mi ser rebosaba de paz y alegría; aunque mi niño era demasiado pequeño para que mis manos notaran su presencia, mi corazón de mujer se iba transformando en corazón de madre y podía percibir, desde mi alma, su presencia. ¡Un hijo! ¡El Hijo!... Me quedé largo rato en silencio, disfrutando llorando, riendo, hasta que el griterío de unos parientes que llegaban a casa me devolvió a la realidad, eran unos primos que llegaban de Ain Karim(1) con la noticia del embarazo de Isabel.

Desde donde estaba podía ver a mi madre abrazar a su prima y hasta oí que me llamaban para darme la noticia.

Yo no podía parar de llorar, de reír, de girar sobre mí y acariciar mi vientre pero me tranquilicé, nadie me creería si contara lo que acababa de suceder, así que fui hasta donde estaba la familia y solicité permiso para visitar a Isabel. No fue fácil conseguirlo, los míos decían que era una locura viajar hasta allí, que el viaje era agotador, etc. Y fue entonces cuando aprendí que Dios jamás nos pide algo sin darnos luego los medios; una de las primas y su familia decidieron que me acompañarían en el viaje.

- ¡Señora! Toda tu vida es camino para los que amamos a tu Hijo, tú nos conduces al Padre, tú nos guías no sólo con tu amor, sino con el ejemplo de tu vida. Has debido pasar por duras pruebas hasta que Jesús pudo, por fin, nacer.

- Duras pruebas, en verdad, soledad, silencio, hasta miedo cuando aún José no sabía. Bien conozco yo esos sentimientos y bien sé lo que siente una mamá en tales circunstancias, por eso, hija, hoy quisiera pedirle a todas las mamás embarazadas que están pasando por una situación difícil, que se acerquen a mi Corazón Inmaculado, allí, hay un lugarcito que tiene el nombre de cada una de ellas, hay

un lugar cálido, sereno, sin llanto ni miedo donde ellas pueden refugiarse hasta que nazca el niño. ¿Sabes hija?: Las conozco a todas, por sus nombres, por su mirada... las veo a todas..., quisiera que supieran que mi mano está extendida esperando la de ellas, para sostenerlas con la fuerza que hoy les falta, para darles el cariño que hoy piensan que no tienen, para decirles que el mejor y más valioso premio a todo este tiempo de dolor y angustia es, sin duda, la mirada del hijo el día del nacimiento..., allí una mamá logra todas las fuerzas que antes le parecían imposibles de conseguir. Si, aún así, se sienten solas, quisiera pedirles que busquen a esa Isabel que Dios les puso cerca, esa Isabel que será quizás una religiosa, un familiar, una amiga, un amigo, que les escuchará y aconsejará bien, mi querida Isabel sigue en este mundo con muchos nombres y rostros diferentes, pero siempre ayudando, aconsejando, sosteniendo.

Reciban, en este día, todos mis hijos amadísimos, pero especialmente las mamitas embarazadas, un enorme abrazo de su madre Celestial, que los ama y cuyo mayor deseo es conducirlos a todos a los brazos de Jesús.

Gracias, María Santísima, gracias por recordar con nosotros este día. Ahora me voy a misa, a darte un abrazo enorme desde el alma allí, en ese lugar que tanto te gusta, porque allí está tu Hijo.

-----  
A ti que lees estas líneas, no dejes de felicitar a María por este día y, amigo, amiga, si conoces alguna mamita que está embarazada y se siente demasiado sola, demasiado triste, ayúdala a encontrar “su” Isabel... o quizás, María te este pidiendo que tú seas la “Isabel” de esa mamá.

(1) Ver: *Sagrada Biblia*, BAC, Madrid 8º Edición, nota 39 de Lc 1,39 ó “El silencio de María” de I. Larrañaga, 3º edición, ps 20 y 112.

## Secreto de María, secreto de mujer

Es domingo en la mañana, entro al recinto de la pequeña parroquia de la Virgen de Luján, acabo de recibir una bella noticia y estoy feliz, tengo ganas de contarle a todo el mundo que me han propuesto un nuevo trabajo, realmente apenas si puedo contenerme, es lógico, cuando estamos felices queremos, necesitamos contarlo.

Entro y te miro, María Santísima, vestida con un manto celeste sobre tu blanca túnica, y te saludo:

- Buenos días, princesa... muy buenos días...

Sabes, porque lo ves latir con fuerza, que mi corazón rebosa, quiero contarte porque soy humana y necesito de las palabras demasiadas veces. Pero el susurro de tu voz interrumpe mi monólogo egoísta:

- Calla, hija mía, calla, que aún es tiempo de silencio.

Me cuesta comprender, lo sabes, cierro mis ojos, mi alma corre a refugiarse entre los pliegues de tu manto y, sin que nadie lo note, nos vamos juntas al jardín de tu casa.

Nos sentamos en un banco y me dices:

- El silencio, mi querida, es muy difícil, pero nos sirve para dominar nuestro espíritu y moldear el alma y el carácter según los designios de Dios... al final de cuentas ¿Por qué hablarías hoy a tus amigos y conocidos? ¿Por la gloria de Dios o para halagar tu vanidad escuchando los elogios de los hombres?...Piénsalo...

Bajo los ojos, no tengo valor para mirarte pues tienes razón, quería contarles a todos aquello que mi vanidad reclamaba como "su derecho".

- Ven -dices- te mostraré lo duro que fue para mí, iremos a Ain Karim

- ¿Yo... contigo... en la caravana?-

- Sí, nadie te verá, sólo yo, pero tú no debes hablar con nadie.

Te sigo otra vez, mis ojos cerrados pueden ver el color del paisaje, el viento caliente me da de lleno en el rostro. La caravana avanza lentamente desde Nazaret hacia Ain Karim.

Caminamos juntas entre un montón de mujeres, percibo mis ropas, me cuesta llevarlas pues son como las tuyas... las sandalias, el manto... te miro y callo, mi reina. ¿Qué podría decirte? De repente me haces una seña para que vayamos tras unas rocas, tienes náuseas, estás por vomitar. ¡Claro!, si estás en el primer trimestre del embarazo, casi todas tenemos náuseas, vomitamos, y alguna comida en particular nos parece horrible, a ti también. Vomitas varias veces, seco tu frente y te abrazo, mi pequeña de quince años, luego yo, torpe como siempre, doy la nota:

- Quédate aquí, iré por ayuda...

Me miras como diciendo..." ¿Es que no comprendes?"

- ¿Ah sí?. Y ¿Qué les dirás?... Que "la Virgen" está vomitando tras las piedras, que estoy embarazada... ¿Olvidas que soy la esposa de José pero aún no he sido conducida a su casa? No, amiga, debemos callar, faltan varios días para llegar, pero llegaremos, con la ayuda de Dios.

Comienzo a comprender, lentamente, la dimensión de tu entrega.

Es de noche y nos acostamos en una tienda. No comes pero te las ingenias para que nadie lo note, en una caravana de varios días donde no abundan los temas, hubieses sido el centro de atención. La noche está oscura y fría, no puedo dormir, tú te acomodas y te quedas dormida. Repentinamente te sobresaltas...

- ¿Qué sucede? - susurro para no alterar el sueño de las demás...

- Es que... aún tengo náuseas, pero no te inquietes, si llego a vomitar lo haré sobre este paño que he traído.

Comienzo a acariciar tu pelo, te duermes otra vez. Nos sobresalta horas más tarde, el griterío de los hombres.

Seguimos caminando, el calor de la jornada se hace sentir... por momentos estás casi bien..., tu diminuta figura pasa inadvertida. ¡Si supieran!... pero no, es mejor así.

Ain Karim se dibuja en el horizonte. Isabel espera...

Necesito preguntar:

- ¿Y tus padres? ¿Cómo hiciste para decirles... digo, para que te dejaran venir?

- ¿Ves esa mujer que viaja con varios niños? Pues es una prima de mi madre, a cuyo cuidado he venido, pero he preferido apartarme un poco, te habrás dado cuenta por qué.

- ¡Mi Señora! ¡Cuánto nos has amado! ¡Cuánto debemos todos a tu silencioso sacrificio de mujer!

- Todo lo aprendí de Él- dices acariciando tu vientre con infinita ternura - además, el Padre siempre tiene detalles, esta prima de mi madre llegó a casa apenas el ángel se retiró, con la noticia del embarazo de Isabel... yo estaba aún aturdida, sorprendida, extasiada, por lo que el ángel me había dicho, de manera que sólo atiné a decir: "Padre, debo ir con ella". Al principio mi padre se opuso, pero el Señor vino en mi auxilio y conseguí el permiso. Será un gran alivio hablar con Isabel, presiento que algo sabe.

Ain Karim se dibuja nítido ante nuestros ojos. La casa de Isabel está un poco a las afueras del poblado. Nos despedimos de los parientes y nos encaminamos hacia nuestro destino...

María divisa a Isabel sentada en el pórtico de su casa, su vientre de más de seis meses le sirve de apoyo para sus manos dedicadas de pleno a la labor.

-¡Isabel!... ¡Isabel!- casi gritaste... tienes tanto grito ahogado en la garganta...

La mujer levanta la vista y dice:

-¿Quién eres? Acércate, mi vista no es buena y casi no puedo caminar.

- Isabel... es que ¿Acaso has olvidado hasta mi voz?- y te vas acercando hasta ella.

- ¡Querida mía... María...¡Oh Dios Todopoderoso, si es María, mi María!- exclama gozosa la mujer mientras te abraza.

- Oh, Isabel, la noticia de tu hijo llegó hasta mí, por eso, he venido a servirte hasta que nazca el niño.

- ¡Bendito sea el Señor!-Isabel tiene los ojos llenos de lágrimas-Tú... justamente tú... a servirme a mí... "¡Tú eres bendita entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo, para que la madre de Mi Señor venga a visitarme?" "Feliz de ti por haber creído..." pero mira, María, siente- dice tomando tus manos jóvenes

y colocándolas sobre su vientre- mi niño ha saltado de gozo...  
María... ¿Qué más puedo pedir?

- Oh, Isabel, en verdad te digo que:

“Mi alma canta la grandeza del Señor,  
Y mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi Salvador,  
Porque Él miró con bondad la pequeñez de su servidora.  
En adelante todas las generaciones me llamarán feliz,  
porque el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas” - y veo  
como cruzas las manos sobre tu vientre incipiente, como queriendo  
ya acariciar a Jesús-

“¡Su Nombre es Santo!

Su misericordia se extiende de generación en generación  
sobre aquellos que lo temen. Desplegó la fuerza de su brazo,  
dispersó a los soberbios de corazón.

Derribó a los poderosos de su trono  
y elevó a los humildes.

Colmó de bienes a los hambrientos  
y despidió a los ricos con las manos vacías.

Socorrió a Israel, su servidor,  
acordándose de su misericordia,  
como lo había prometido a nuestros padres,  
en favor de Abraham y de su descendencia para siempre”.

( Lc 1, 39-55)

Cuando terminas de dar rienda suelta a tu corazón aprisionado,  
cuando el secreto ya no pesa en el alma, te abrazas a Isabel durante  
largo rato. ¡Qué descanso para tu alma de niña-mujer-madre! Ahora  
puedes hablar con ella, contarle lo que sientes y ella te aconsejará...  
quizás deban esperar los momentos en que no haya personas cerca  
para no despertar sospechas. Hablarán del Mesías, le contarás que, al  
igual que todas las doncellas de Israel tú también te preguntaste  
alguna vez: ¿Seré yo? ¿Seré la elegida?. Hablarán de ángeles  
mensajeros y de profecías cumplidas, pero también hablarán de  
pañales, de parto, de lactancia, en fin... las mismas cosas de que  
habla cualquier primeriza de la tierra.

Siento que estoy de más, que este momento te pertenece, que es  
como un oasis del que te alimentarás en los desérticos días que

vendrán hasta que José te reciba en su casa. Dura prueba para el amor de ambos... dura prueba, pero de ella hablaremos el próximo domingo. Ahora debo volver.

Por esas cosas de los sueños, el tiempo no ha pasado casi en la pequeña parroquia de mi barrio.

Escucho que comienzan a cantar, el sacerdote está por entrar, apenas tengo tiempo de despedirme. Me veo de pie cantando, mientras el celebrante se prepara para comenzar la misa. Siento que tengo fuerzas para dominar mi vanidad... y esas fuerzas vienen a mí con olor a caravana, a viento, a rocas guardianas de secretos.

Miro tu imagen, no hay signos de la reciente travesía, sonrías... murmuro el Ave María repitiendo las palabras del ángel, las de Isabel.

Creo que nunca más rezaré un Ave María apurada, repitiendo como autómatas... no... cada vez que lo rece regresaré a Nazaret, a Ain Karim... porque cada vez que lo rezamos el ángel te vuelve a saludar, Isabel te vuelve a abrazar.. y yo, yo sólo puedo rezarlo de rodillas.

-----  
Recuerda, amiga, este relato de amor cada vez que reces el rosario, pues Isabel y los ángeles, lo rezarán contigo.



C. Yáñez 2004

## El Primer Dolor de María y José

Este domingo te recordamos, María, como Nuestra Señora de los Dolores. Después del sermón de la misa me quedo pensando en tu corazón herido... cuéntame, Señora, de tus dolores del Rosario. Cierro los ojos y tu imagen se queda en mis pupilas, pienso en el primero, háblame de tu primer dolor.

- Pues... de hecho no es el primero del Rosario.

- Si te hace mal... no, deja, María... deja para otro día...

- No, quiero contarte para que comprendas. Volvamos a Ain Karim, donde quedamos la última vez ¿Recuerdas?...

¿Cómo olvidar cada momento contigo?. Te sigo y veo como te despides de Isabel, un abrazo, otro, como queriendo detener el tiempo. El griterío de la gente que pasa te da la señal definitiva. Debes partir, te sigo. Nos mezclamos las dos entre la gente, tu prima y su familia te saludan y te recomiendan que no te alejes: eres su responsabilidad hasta Nazaret.

Comenzamos la caminata, lenta, ardua, bajo el sol ardiente. Vas silenciosa, pensativa, casi preocupada.

- ¿Todo bien?- y mi pregunta desentona, es muy occidental, muy del siglo XXI.

- No, amiga mía, no está todo bien, deberías saberlo. Nazaret está más cerca cada minuto, mi hijo más evidente, y José que me espera sin saber de esto ni una palabra.

- ¿Se lo dirás?.

- ¿Cómo hacerlo?. Voy a su casa, así como así y le digo: "José, amor mío, el Mesías esperado late en mi vientre hace cuatro meses por obra del Espíritu Santo..." Tú, ¿Cómo crees que reaccionará?. No lo digas.

Callo, tienes razón. ¿Quién va a creer tu historia?. Sólo Dios puede sacarte de este trance.

En el viaje hablas poco... muchas veces te sorprendo acariciando tu vientre pequeño pero evidente, a escondidas. Por la tarde mientras el sol cae y cada uno de los viajeros sólo se preocupa de organizarse para la noche, te alejas silenciosamente tras un grupo de animales



que ha quedado al costado del campamento. Pienso en Belén. Te sigo en silencio.

- ¡Hola, mi amor!-dices suavemente mientras acaricias tu panza de mamita joven-¿Cómo estamos hoy? Un poco inquieto ¿Verdad?...Calma... mi precioso hijo, calma... todo esta bien, sólo quería recordarte que te amo, que te amaré siempre pase lo que pase, jamás dudes de mi amor. - y gruesas lágrimas ruedan por tus mejillas. Me acerco lentamente, y te abrazo, pequeña, tan frágil y tan fuerte, tan niña y tan mujer.

Volvemos al campamento y nos acostamos a dormir.

Me despiertas un poco antes del amanecer, te sientes mal.

- Creo que vomitaré otra vez, este viaje no termina nunca - vomitaste sin hacer ruido, y la tierra reseca escondió tu secreto.

Nazaret se dibuja lentamente en el horizonte, falta poco Los sonidos de la caravana forman una extraña melodía. Paso a paso vamos llegando las dos cansadas, llenas de polvo, con la incertidumbre en el alma sabiendo que tu vida que porta la salvación de los hombres depende, paradójicamente, del amor y la confianza de un sencillo carpintero... los extremos de Dios... ¡Qué incomprensibles nos resultan los extremos de Dios!

Llegamos a tu casa, allí te espera la cuñada de José, pues tu madre está un poco enferma.

- ¡María!, ¡Qué alegría volver a verte!¿Cómo ha sido tu viaje?

- Bueno, sí, realmente muy bueno... estoy cansada... ¿Me disculpas?

- Sí, claro, ve a dejar tus cosas que te preparo algo de comer. ¡Me olvidaba! José viene enseguida, pues quiere hablar contigo sobre la ceremonia... ¡Espero sea pronto!- comenta entusiasmada la mujer que siente por la joven sincero afecto.

En un rincón de la casa acomodas tu sencillo equipaje. Al terminar me miras directo a los ojos y tu mirada, traspasada de dolor, me llega al alma. Quisiera ir corriendo a la casa de José y decirle quien es él en la historia de la humanidad, aunque me hubiesen matado luego por desquiciada pero estoy aprendiendo de tí, María, y me quedo en silencio a tu lado.

- ¡María!- la voz de tu pariente nos sobresalta- José está aquí.

Ha llegado el momento decisivo. Partes, caminando lentamente, tratando de ocultar tu vientre.

José está en el patio de la casa, un hombre más bien alto, de ojos oscuros y mirada serena, sus facciones son simples y tranquilas, el rostro de un hombre trabajador y honesto. José tiene el rostro de todos los trabajadores del mundo.

Mira a su prometida con amor infinito. María se acerca a él, y lo saluda. En ese momento el hombre repara en el estado de ella y la mira a los ojos, nada dice, pero alcanzo a ver cómo se le humedece la mirada. Sé que hubiese querido preguntarle por qué, quién... ¿Es que ya no me amas, María?... mas nada dice. Se despide y se retira en silencio.

Ambas sabemos que si José te denuncia por tu traición (¿Qué otra cosa puede pensar?) serías apedreada hasta morir, en la plaza pública...

El hombre sale del poblado y se dirige a un pequeño monte... Voy corriendo, aturdidamente, tras él, quien no puede verme. Allí entre la soledad de los árboles, da rienda suelta a su dolor...

- ¡Oh Dios Todopoderoso!- grita mientras cae de rodillas-¿Qué terrible angustia ha caído sobre mi alma! María, mi dulce María está... está... embarazada- y la palabra le destroza el alma y llora con ese llanto desgarrador que brota de las entrañas de un hombre justo... Señor... ¿Qué hago?...Algo... algo... muy dentro de mí me dice que no debo dudar, pero ¿¿¿Cómo???, ¿Cómo, Señor, si la realidad es cruel y me grita una traición que no comprendo?...Si la repudio Señor, y sabes que es mi derecho,... si la repudio la matarán... a ella y a su hijo- José está al borde de la desesperación, pues el amor que siente por María puede pasar la barrera del despecho humano- ¿Cómo impedir la muerte de ella y del pequeño?... una sola cosa queda por hacer, me iré en secreto, que todos piensen que la abandoné... así, la vergüenza recaerá sobre mí y no sobre ella. Lo siento María, no puedo hacer otra cosa. - Y José se tiende en el suelo y sus lágrimas penetran esa tierra santa... y Dios no se hace esperar... es demasiado el dolor de ese hombre, pues todas las legiones de los ángeles claman por él misericordia.

José sigue en el suelo... como adormilado en su inmenso dolor... cuando el Ángel Gabriel se le acerca y le dice:

- José... José, Hijo de David.¿Por qué dudas del poder de Dios? ¿Acaso no sacó a su pueblo de Egipto, en el pasado?

- ¡Dios Altísimo! ¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?

- "...No temas recibir a María, tu esposa, porque lo que ha sido engendrado en ella proviene del Espíritu Santo. Ella dará a luz un hijo, a quien pondrás el nombre de Jesús, porque él salvará a su Pueblo de todos sus pecados"( Mt. 1,20-21)

El ángel se retira. Todo el cielo queda expectante, de su respuesta depende el destino de los hombres.

José mira a su alrededor... las palabras del ángel resuenan aún en su corazón. Todo está claro ahora... la espera de Israel ha terminado... y a él se le ha confiado el Mesías esperado, sólo atina a decir en voz baja...

- María, amor mío... perdóname... – y se incorpora rápidamente, seca sus lágrimas con el manto y sale corriendo en busca de su amada. Yo lo sigo. Pienso en ambos, en su amor, ese amor que nació en el corazón de Dios antes de que naciera el tiempo.

Al llegar al poblado comienza a caminar y pasa inadvertido entre los pobladores. Llega a tu casa, María, tú estás aún en el patio. Sufres por José. Volteas la cabeza y lo ves, no comprendes su mirada radiante.

Acercándose a ti te dice...

- María, amor mío, cuánto habrás sufrido en silencio...

- José... yo...

- Perdóname, perdóname si en algún momento dude de ti, perdóname. Ante Dios prometo que cuidaré de ti y del niño por el resto de mis días.

- No hay nada que perdonar José, es que yo... yo no podía decírtelo, pero grande es el Altísimo que te ha revelado la más bella de las noticias. Ahora lo sabes. ¡Gracias Dios mío por consolar mi corazón!... ¡Gracias José!.

- Tú eres mi esposa y yo soy el hombre más honrado de la tierra.

Se miran con profundo amor. Él sabe que debe cuidar del tesoro de Dios... piensa un instante en su propia vida... se pregunta si es

digno... no hay respuesta... comprendo allí que sólo la misericordia de Dios puede hacernos dignos, jamás nuestros propios méritos...

Los vecinos se han enterado de la llegada de María y de la visita de José. Las muchachas comienzan a llegar y rodean a la esposa llenándola de preguntas femeninas. Los hombres se acercan a José para ultimar detalles del festejo. Alguien comienza a tocar música... todos comienzan a bailar esas bellísimas danzas del pueblo de Israel... la música me resulta extrañamente conocida... la está cantando el coro de la Parroquia, el sacerdote está comenzando a dar la comunión... miro por última vez los felices danzantes... pasas, junto a mí, bailando con las muchachas... el dolor ha pasado, el amor ha salido victorioso... Jesús duerme cómodamente en tu vientre. Me abrazas con el alma."Felicidades, princesa, felicidades..."-pienso.

Abro los ojos, y me encamino hacia el altar para recibir la comunión. Miro tu imagen. El coro sigue cantando y yo tengo ganas de bailar como tú y tus amigas en Nazaret.

El primer dolor de amor ha pasado... llegarán otros, después. Ahora... ahora quiero quedarme bailando contigo... María de Nazaret...

## *Hacia la profecía: El Nacimiento*

El Buen Dios nunca nos pide algo sin indicarnos luego los caminos... aunque esas indicaciones no siempre son claras, resulta... como un laberinto intrincado cuyo único norte es la fe, pero la fe en serio, la fe que sigue, tenaz, a pesar de los argumentos “realistas” del mundo, esa fe que camina aún contra la esperanza humana, ésa es la única que halla los caminos de Dios.

Miro en este día tu imagen, Señora de Luján, celeste y blanca como mi bandera, y te pido, primeramente, por los niños de mi patria... por esos niños pobres... tan pobres como ese hijo tuyo nacido en un pesebre, tan solitos ustedes...

- Disculpa, hija... ¿Dijiste...”solitos”?... ay, mi querida ¡Qué equivocada estás!- dice tu dulce voz en mi corazón.

Cierro los ojos y me dejo llevar por tus palabras... los abro y el viento me da de lleno en el rostro, estoy tras de ti y José, que caminan en Nazaret, de vuelta a casa... de pronto un ruido acompasado, metálico, frío y nada alentador invade el aire. Un grupo de soldados romanos se dirige al centro del poblado y la gente los sigue, temerosa.

El oficial principal lleva un pliego enrollado en su mano. Yo escucho con horror esos pasos acompasados... pienso en la Pasión y se me estremece el alma. El que parecía ser el jefe se detiene y sus hombres le rodean en semicírculo. Cuando la gente llega se produce un silencio de muerte. Yo temo hasta que mi propio corazón haga demasiado ruido y me descubran, lo notas, María, y me tomas de la mano, fuerte, como agarra la mano sólo una mamá.

La voz potente del mensajero imperial irrumpe en la tranquila vida de tu pueblo:

- Escuchad, habitantes de Nazaret... este es un edicto del Emperador: “A los efectos de saber la cantidad de súbditos del Imperio, ordeno que seáis registrados en el lugar de origen. El que no cumpla con esta obligación, será encarcelado y juzgado”. Firmado: El Emperador César Augusto.

Un creciente murmullo acompaña la salida de los soldados... miro a José, tiene los ojos llenos de lágrimas que se empeña en ocultar, María lo mira sin comprender. El buen esposo le dice:

- Debemos ir a casa, ahora - y sale caminando deprisa, María le sigue y debe esforzarse por alcanzarlo, cosa que él nota y disminuye el paso.

Entran a su casa. José cierra la puerta y la ventana a pesar de que es pleno día. La habitación queda en semipenumbras. José entonces rompe a llorar y a reír, parece un loco. O un hombre demasiado feliz.

- Oh, María, ¡Mi dulce e inocente María!... ¿Sabes lo que significa esta orden del emperador?

- Pues... no... yo he nacido aquí, pero soy mujer y sólo censan hombres... tú también eres de aquí... José... no te entiendo, esposo mío...

- ¡Reina mía!- dice el hombre - Hay algo... algo de mí que no sabes... nunca te lo dije pues no le di importancia... y ahora... ahora el Señor... ¡El Señor se sirve de nuestros enemigos para mostrarnos el camino!...María... María... ¡He nacido en Belén! ¡En Belén! ¿Comprendes ahora?

- Dios... -murmuras con la mirada iluminada. (Casi se puede ver tu alma irradiando luz)... -Dios...

- Sí, esposa mía... Dios... -y colocándose en medio de la habitación dice, con voz firme y decidida- "Y tú, Belén, tierra de Judá, ciertamente no eres la menor entre las principales ciudades de Judá, porque de ti surgirá un jefe que será el Pastor de mi pueblo, Israel"(Mt. 2,6).La profecía se cumplirá sin que nosotros la hayamos forzado de ninguna manera.

- Pues, viajaremos a Belén – y tu tono suena decidido.

- Sí, pero... ¿En tu estado? ¿Te atreves a realizar semejante travesía? Sólo tengo un pobre animal para llevarte... ¡Oh, mi amada! ¡Te mereces el mejor de los cortejos y sólo te ofrezco un asno miserable!...

- Tu corazón paternal, tu celo y tu ternura será para nosotros el mejor de los cortejos- dices acariciando el prominente vientre.

Llega el día de la partida, el sol aún no ha asomado en el horizonte, el viento arrecia con fuerza. José dispone tres animales para la

travesía, María se sienta sobre un asno manso y muy limpio. Parten. Largo y peligroso trayecto, a través de las montañas, con caminos intransitables, durmiendo a la intemperie. Difícil prueba para una virgen-niña embarazada, para una pareja solitaria. En esos largos días muchas veces perdieron las fuerzas, pero jamás perdieron la fe... eran preferibles las penalidades ha haberle dicho “no” al Señor... toda la vida de María será un eterno “hágase tu voluntad”.

Belén aparece nítidamente en el horizonte el día 24 de diciembre... llegan casi al mediodía. La ciudad está atestada de viajeros, comerciantes y gente de paso para cumplir con el primer censo de la humanidad.

Los parientes de la pareja se excusan de todas las formas posibles, ya que sus casas están repletas. Comienza a anochecer... apenas han comido en casa de unos primos... María está totalmente agotada...

Pasan frente a una posada, un lugar repleto de gente, carros y animales. La posadera, de pícara mirada, le dice a José:

- Vamos, hombre... entra... aquí te haremos un lugar...

El futuro padre terrenal del Salvador dirige una rápida mirada al albergue. No es precisamente el más indicado para semejante nacimiento... por ello, dirigiéndose a María, le dice:

- Vámonos... no sé adonde iremos pero no nos quedaremos aquí. Caminemos, Él nos mostrará el lugar.

La posadera no les da importancia y sigue tratando de conseguir clientes. Los padres de Jesús continúan caminando por una larga y estrecha calle que, poco a poco, va despoblándose... mas ellos, como impulsados por una extraña fuerza, no se detienen.

Al pie de una montaña, tras unos árboles se divisa una pequeña casa, muy cerca de una cueva utilizada como pesebre para los animales. Casi ha oscurecido. Unos hombres están terminando sus tareas, de pronto los ven y enseguida reparan en el estado de María.

- ¿Buscas alojamiento, forastero?...

- Pues... sí, mi esposa está a punto de dar a luz y yo...

- Nada, no me expliques nada... hay un lugar en el pesebre, si no les incomoda, pueden pasar allí la noche. Varios han pasado por aquí y nadie quiso entrar.

- Pues nosotros lo haremos- dijo María presintiendo que la presencia del hombre era una señal- Gracias.

- Si necesitan ayuda, pues, mi esposa y mis hijas están aquí...

Cuando María y José quedan solos en la entrada ella dice:

- ¡Este es el lugar! ¡Lo sé, lo siento!

José acomoda los animales y su reducido equipaje en un rincón, mientras ella se dispone a encender el fuego. De repente un grito ahoga su garganta...

- ¡María! ¡María!- José corre presto a ayudarla.

- José creo que el niño nacerá pronto. ¿Qué pasará ahora? Dios lo sabe. ¡Oh, Israel... si supieras!

José la ayuda a recostarse... ella siente como una suave brisa le acaricia el rostro, aunque está en el fondo de la cueva y afuera todo es calma. No se mueve ni una hoja... repentinamente una intensa luz, que viene desde la eternidad, llena el lugar. Se escucha como un batir de alas... miles de ángeles rodean el pesebre. Los ángeles mayores entran... uno de ellos se acerca a María... se arrodilla junto a ella y, tomándola por los hombros, la coloca en su regazo. Los ángeles cantan una extraña y bella melodía a Dios Padre que yo no puedo comprender, pero estoy segura de que José y María sí la entienden, puedo leerlo en sus ojos. Yo me he escondido tras unos animales... no me considero digna de presenciar semejante momento... Cierro los ojos...

- Es tuyo, María, este momento es tuyo... no lo invadiré... te amo, te amo tanto...

Repentinamente la música se hace más fuerte, un intenso perfume que proviene de todas las flores del mundo, me llena el alma... María grita, y su grito brota de las entrañas de la humanidad. No es un grito de dolor... es..., no lo sé, no lo sé... luego... luego el llanto, el llanto tímido y sereno del Salvador del mundo, quien ha descendido hasta hacerse niño... totalmente dependiente del afecto y cuidado de sus padres... el llanto de la humanidad, el llanto por la humanidad... el llanto de Jesús...

Cuando abro los ojos los ángeles ya no están. María tiene al pequeño entre sus brazos... aún está recostada, sólo que su cabeza está en el regazo de José. Permanecen así largo tiempo, el niño se ha



dormido. Ella canta una canción de cuna... José vuelve a la realidad, debe preparar comida para su esposa y asegurarse que el lugar esté, al menos, tibio.

El niño despierta con hambre... y la niña-virgen-mamita nueva debe darle de mamar. José está emocionado, le tiemblan las manos aún por lo vivido. La joven acerca el niño a su pecho... no hay allí mujeres que le ayuden... está sola y no puede contar con José para estos temas... pienso en tantas mamitas que están solas a la hora de amamantar... que nadie las ayuda o aconseja... quisiera gritarle a todas esas mamás que en tales circunstancias lleguen con su alma al pesebre de Belén y busquen a la niña-virgen-mamita nueva... ella las sostendrá para que puedan alimentar a sus hijos...

Esta noche es Nochebuena y mañana es Navidad... recuerdo la canción aprendida en la infancia... mañana vendrán los pastores, luego los reyes... la locura de Herodes... pero esta noche... en esta noche hay una niña-Virgen-mamita nueva amamantando al Salvador del mundo... ella alimenta ahora al pequeño Mesías... luego... más tarde, será Él quien se transforme en alimento.

Es hora de partir... más tarde la humanidad cantará villancicos... yo debo prepararme ahora para mi propia navidad...



## Con María, hacia mi propia Navidad

Faltan pocos días para la Navidad aquí en mi ciudad. Ya has salido, junto a José, camino de Belén, Señora mía...

Preparaste amorosamente la ropita del pequeño, llevas todo lo que imaginas podrás necesitar. José organizó la logística del viaje, por donde ir, cuando parar, cuando llegar... cada uno en lo suyo, pero juntos. En el aire se respira “aroma de parto”. ¡Cómo quisiera acompañarte, Señora mía, en ésta, la más hermosa y decisiva peregrinación de la historia! ¡Cómo quisiera haber sido tan sólo uno de los perros que seguían al asno en su camino!...

- Si tanto lo deseas, hija querida ¿Por qué entonces, no vienes con nosotros? ...Vamos Susana... sin tanto preámbulo ¿Vienes?

Tu voz clara, tu mirada serena, tu perfume indescriptible, le preguntan a mi pobre alma aturdida por las cosas del mundo. Tantas veces te he olvidado, Señora, tantas veces te he dejado esperando y, aún así, tu amor de madre me invita a caminar hacia Belén.

- ¡Claro que sí, Madre querida!- te contesta mi voz en un hilo... quisiera llorar, reír... no sé... opto por seguirte.

Anochece. Nazaret ha quedado atrás. Se han detenido a descansar un poco. José junta un poco de leña para hacer fuego. Tú estás sentada tratando de cocinar algo... justo se cruza un animal del campo (no sé bien lo que era, si fuera Argentina sería seguro una liebre), José lo atrapa.

- El Señor nos mandó una buena cena, hermosa mía- te dice el esposo cuando llega con su trofeo de caza.

- Él nos provee siempre, esposo mío, sabe nuestras necesidades, pero por sobre todo, nos provee el alma con fuerza de su amor.

Te recuestas un rato, estás cansada. Yo te observo a pocos pasos... José va por más leña... Miras el cielo... Le hablas a tu bebé:

- “Mira amor, desde aquella estrella grande, que brilla, Papá nos mira... ¿La ves?... bueno, bueno, tranquilo, no saltes así.- te ríes, una lágrima te acaricia la mejilla y se pierde en el viento de la noche - Amor, falta poco para llegar. ¿Qué haremos cuando sea tu tiempo? ¿Dónde nacerás? Seguro Papá ya tiene todo preparado, yo no pregunto, soy su esclava, voy donde me mande. ¿Sabes amor? Ser su esclava no es como las esclavitudes del mundo, que ahogan y atan, ser su esclava es como tener alas... como... soñar sin límites. Ser su esclava es llenarse de paz, no temer, caminar confiada, saber que todo camino es trazado por sus manos, que toda circunstancia es Camino hacia el Padre. Duerme ahora, hijo mío querido ¿Sabes? Estoy impaciente por verte, por besarte, por abrazarte... pero ya habrá tiempo, ahora, hijo, ahora es tiempo de caminar...

José vuelve con más leña, prepara la cena, y te sirve una abundante y rica porción. El olor de la carne asada trepa el aire... comen alegres, riendo con recuerdos del pasado, soñando con el día del nacimiento...

De pronto, les sobresalta un ruido...

- Quédate aquí quieta, veré lo que es...

Teme José a los asaltantes que podían haberse escondido entre las sombras ¿Qué podrían llevarles? Nada, pues nada tienen. El mayor de los tesoros estaba escondido en el seno purísimo de María.

- No temas, querida, es sólo un animal vagabundo. Duerme, duerme ahora, hermosa mía, que el viaje aún no termina, y el día de mañana será largo. Te recuestas, Señora mía, cerca del fuego, José te cubre delicadamente con una manta. Te quedas dormida. Él te mira con ternura infinita. ¿Qué pensamientos estarán cruzando por su mente y su corazón en estos momentos? No quiero yo moverme, pues temo me vea José.

-¿Te piensas quedar toda la noche tras una piedra? – el esposo voltea hacia mí y me mira con una mirada llena de paz, aunque no exenta de cierta preocupación.

- Yo... lo siento, no quería molestar... es que...

- Lo sé ¿Olvidas que me cuenta todo? Ella te invitó a venir con nosotros en este viaje del 2003

- ¿Qué dices José? ¿Cómo del 2003? ¿No es éste una especie de sueño donde yo los acompaño en un viaje realizado hace más de 2000 años?

- Pues no, querida mía. Cada año, María y yo volvemos a viajar a Belén. Cada año es como si Cristo volviera a nacer. Sólo que su nacimiento no es físico... Jesús quiere nacer en el corazón de cada uno.

- Pero... no entiendo... hay mucha gente buena en el mundo, religiosos, sacerdotes, laicos, que también quisieran acompañarlos... ¿Cómo, entonces, viajan tan solos?

- Porque éste, mi querida, es TU viaje hacia Belén, nadie puede hacerlo por ti. Éste es tu camino para dejar que Jesús nazca en tu alma. Éste es el viaje que debes hacer, a través de las montañas de tu corazón, debes cruzar los ríos de tu orgullo, que, aunque torrentosos, pueden cruzarse si te acompañamos. Debes soportar los vientos de la soledad y la tristeza. Debes enfrentarlos y vencerlos por amor a Jesús. ¿Comprendes ahora? .

Me quedo sin palabras. José es un hombre sabio, me explica lo que sucede con la sencillez de los grandes hombres. Estoy en el desierto de mi corazón, cuando amanezca... ¡Oh Dios! Cuando amanezca se mostrarán todos los valles, quebradas y torrentosos ríos de mi alma... ¡Qué vergüenza!. Mi corazón está tan lleno de pecados, que... no sé... quisiera salir corriendo pero ¿Adónde?. Ni siquiera hallaré un lugar donde esconder mi rostro...

- ¿Por qué quieres esconderte?- preguntas, María querida, despertando de tu reparador descanso.

- Es que José me ha explicado... y temo que, al amanecer, no te guste lo que veas, Señora...

- ¿Y que se supone que veré?

- Mi corazón, que no es como yo quisiera, que hace el mal que no quiere y no hace el bien que desea, mi torpe corazón, tan lleno de culpas y olvidos para contigo.

- Creo, hija mía, que no comprendes la verdadera dimensión del amor que Jesús tiene por ti- y colocas tu pequeña mano sobre el vientre abultado -Jesús estaba esperando a que tú desearas realizar este viaje, Jesús está esperando que tú te arrepientas de tus errores, pues Él es manantial de misericordia, Jesús espera que tú quieras recibirlo en tu alma. Para ello, busca el sacramento de la Reconciliación. Allí, verás cómo el paisaje de tu corazón se transforma, como los ríos se vuelven calmos, las quebradas se transforman en fértiles valles y el desierto de tu corazón se llena del perfume de su Amor. Jesús te llama, hija, te llama siempre. Desde su lastimado corazón, parte su pedido hasta el tuyo. El llamado es de Él, la decisión, tuya... indefectiblemente tuya... Ahora descansa, el día de mañana será largo.

Me recuesto cerca del fuego. No puedo dormir, mas bien no puedo dejar de llorar. Tanto me amas Jesús mío, que haces todo esto por mí, por cada ser humano, por todos, por todos. José me cubre con una manta... por fin me duermo.

Amanece. Tu esposo ha preparado un poco de pan para comer antes de reiniciar el viaje. Pan... me tiemblan las manos, lo recibo agradecida. Tiene el sabor del pan de la mesa de mi casa, el sabor conocido de las pequeñas cosas de mi vida.

Nos ponemos en camino, hay viento, cuesta avanzar, José y yo caminamos, María viaja sobre el animal que parece muy feliz de transportar tan preciado equipaje. Hay demasiado viento, la arena casi nos ciega, apenas si podemos conservar el rumbo.

- ¡Debemos detenernos!- le grito a José.

- ¡Aquí no, avanzaremos hasta esas rocas y buscaremos refugio!

- ¡No lo lograremos, casi no se ve nada!

- Déjate guiar, conozco el terreno, no temas, llegaremos ¿Ves? Igual actúas en las tormentas de tu alma, en lugar de dejarte guiar por Jesús, acampas en cualquier parte de tu dolor y te tapa la arena de la desesperación.

Llegamos por fin a las rocas, que ofrecían buen refugio. La tormenta pasó. José propone seguir el viaje. María está

realmente agotada pero calla, sabe que no puede quedarse a la mitad del camino, ahora debe seguir, no hay regreso.

Anochece. Se pone frío. A lo lejos se divisa una fogata, José nos deja en buen resguardo y se acerca a ver si son confiables. Regresa emocionado.

- ¡Es Pablo, mi primo y unas familias más! Ellos también deben registrarse en Belén. Dicen que la ciudad esta atestada de gente. Eso me preocupa, pero ya veremos al llegar, ahora vamos, nos invitaron a compartir la cena.

José avanza con el animal. María prefiere caminar un poco. Le ofrezco mi brazo, y se apoya.

- ¿Ves hija? Muchas veces Dios nos pone buenos amigos, buenos consejeros en el camino, la decisión es nuestra, o quedarnos en la oscuridad de nuestra propia noche o arriesgarnos a avanzar un poco hacia aquellos que nos pueden ayudar.

La familia de José se muestra amable. María tiene una sonrisa encantadora y una voz tan exquisita que todos quedan muy admirados de ella y no dejan de felicitar a José por tan bella esposa. Al amanecer seguimos caminando, José se despide de su familia, ya que ellos se quedarán en el campamento por unos días esperando a otros parientes.

Belén se dibuja nítido en el horizonte. La gente va y viene a causa del censo. Vamos llegando, cuando María le dice a José.

- Esposo mío, ya es tiempo... el niño nacerá pronto...

- Ayúdame a encontrar un sitio para el nacimiento- me pide José- recuerda que debe ser digno de Él, no por el lujo sino por la sencillez, el amor, la generosidad y la predisposición para recibirlo

- Pero ¿Dónde encuentro ese sitio, José?

- No lo sé, recuerda que estamos en tu corazón, tú lo conoces, al menos, deberías. Busca en tu corazón un lugar donde María pueda dar a luz.

El lugar que José me solicitaba debía estar libre de las espinas de mi egoísmo, protegido y al reparo de los vientos de mi ira, sin grietas, para que no le inundase la lluvia fría de mi falta de

fe. José me pide ese lugar... antes de ponerme a buscar haré caso del consejo de María, buscaré el sacramento de la Reconciliación.

María me despide...

- Aquí estaremos esperando, hija querida, ve y encuentra ese lugar para Jesús. Dale esa alegría a mi Corazón Inmaculado, busca, hija, busca... estoy segura que ese lugar existe, pero debes encontrarlo por ti misma Recuerda, nadie puede hacer esa búsqueda por ti. Vamos, que Jesús espera...

Abrazo a mi Madre querida con todas mis fuerzas, beso sus hermosas manos. Abrazo a José, quien besa mi frente y murmura...

- Confío en ti, sé que volverás, sé que no nos dejarás en espera. No te distraigas en el camino, no te distraigas, por fuerte que sea la tentación. Busca, hija, que el que busca encuentra.

- Gracias, gracias- y mi voz es un susurro ahogado por el llanto.

Los dejo, cada tanto giro el rostro para verlos, aún están donde les dejé, en un recodo del camino... debo encontrar el mejor lugar dentro de mi corazón. Queda poco tiempo. Debo encontrar ese lugar y venir por ellos para guiarlos...

Sé que lo hallaré, no será fácil, deberé limpiarlo, asearlo y acondicionarlo. Llenarlo de amor y de fe. Pediré al Padre incrementemente mi fe... haré oración, seguiré los caminos del Adviento...

-----  
Dios jamás defrauda a los que en él depositan sus mejores sueños. Recuerdo que desde setiembre vengo pensando cómo hacer de ésta una Navidad especial... Dios me escuchó, María me escuchó, me invitó a caminar hacia Belén, nos invita a todos, no la dejemos sola, esperando, en un recodo del camino...

## De cara al mundo

Hoy es día de Comuniones en la Parroquia de Luján... hoy es día de fiesta...

Entro al recinto tras los niños, impecables, radiantes, puros... llevan el corazón lleno de gozo, van a encontrarse con su Señor... el coro canta "Gloria a Dios en las Alturas...", los ecos de las voces llegan a mi alma. Te miro, María, con tu vestido celeste y blanco que atrapó los colores de mi bandera, como diciendo "Argentina, no temas, estás en mí" Te miro y me dices al alma..." ¿Querías saber cómo llegaron los pastores a Belén? Pues, así..." Y me tomas el corazón entre las manos y me llevas al pequeño recinto donde, dos días antes, nació el Salvador del mundo... Allí me quedo, ha amanecido, tu estás lavando los pañales, aún te mueves despacio, pues estás en pleno post-parto... te pregunto, entonces, por José...

- Pues ha ido a Belén a registrarse, creo que demorará bastante, ayer también fue pero no pudo llegar, había demasiada gente y mucha confusión.

- ¿Te ayudo en algo? Estás solita.

- Solita no, Jesús está aquí, pero levántalo, si quieres, recién se ha despertado y debo darle de mamar... ¿le cambiarías sus pañales mientras termino?

Me quedo muda... ¿Yo? ¿Cambiarle los pañales a Jesús? Mis manos tiemblan y creo que me va a estallar el corazón...

- Vamos- dices sonriendo- tómalo, se supone que la primeriza soy yo.

Muchísimas veces en mi vida he pensado en Jesús, hasta me imaginé hablando con él de muchos temas, mas nunca lo vi de esta manera, pero María tiene estos detalles.

Tomo a mi Señor entre los brazos y me dirijo al tendedero, que José ha improvisado, por pañales limpios... camino como entre nubes... ese pequeño, tan igual a mis hijitos, ese pequeño a quien le debo todo lo que soy... ese pequeño necesita ahora de mí... ¿Cuántas veces, mi Señor, has necesitado de mí y yo no te he escuchado?

María sonríe al ver mi torpeza...



- ¡Vaya! Realmente parece que nunca has cambiado un niño- y ríe como mil cascadas.

- Es que... Señora... es Jesús...

- Te entiendo, a mí también me costó al principio, temía equivocarme pero poco a poco fui aprendiendo, como todas las mamás.

Terminamos juntas de ordenar el recinto y salimos a caminar. Al anochecer vuelve José del poblado.

- Esposo mío, gracias a Dios has vuelto, estaba preocupada.

- Todo está bien, aunque había mucha gente, y ya pensaba que no iba a poder registrarme, cuando un soldado me dijo que pasara, que me había visto también ayer y otras cosas, y me registró enseguida. Me sorprendió porque, cuando terminó me dijo "Vuelve pronto con tu esposa"...

María me mira y nada dice... es noche de pastores...

Mientras María termina de amamantar a su niño José le ayuda con la cena. En ese momento unos veinte hombres, jóvenes y viejos, se acercan al pesebre y saludan, José sale rápidamente a su encuentro y, con una mirada, le hace señas a María que fuese al otro extremo del recinto. María le obedece en silencio.

- Shalom, amigo...- dice un anciano de aspecto agradable y piel curtida por el viento del desierto.

- ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren aquí?

- No temas, amigo-continúa el anciano- es que hemos visto la noche más resplandeciente que jamás haya existido, hemos percibido los más deliciosos perfumes y luego, luego esas voces... tan angelicales... todos las hemos oído, no puede haber sido un sueño...

- ¿Voces? ¿De qué voces me hablas? ¿Cuándo ha sucedido esto?

- Te hablo de las voces de los ángeles, hace dos noches, nos dijeron que ya había nacido "...un Salvador, que es el Mesías, el Señor"( Lc 2,11), que lo encontraríamos en un pesebre, bajo la estrella que brilla con fulgor. Nos ha tomado dos días llegar aquí.

En ese momento María se acerca un poco a José y le pregunta:

- Esposo mío, ¿Quiénes son ellos?

- Ellos, ellos lo saben, María- dice el padre con los ojos húmedos.

- Pues entonces que pasen y que vean por ellos mismos lo que les fue anunciado...

Los pastores entran, no sé como, pero sigo yo escuchando el coro de mi parroquia cantando maravillosamente el “Gloria a Dios en las alturas”. El más anciano de todos se arrodilla frente a María y sólo murmura:

- Señora... Señora mía...

Entonces todos hacen lo mismo, María entrega el niño al anciano y éste le sostiene con ternura. Mira a sus compañeros y les dice...:

- No viviré yo tanto tiempo como para verlo hombre... pero los más jóvenes lo verán... les pido no olviden esta noche...

Entre los más pequeños hay un pastorcito cuya mirada no se aparta del niño, lo mira... extasiado... Cuando los pastores están por retirarse el pequeño aún no se mueve, con los ojos fijos en Jesús, que ya está otra vez en brazos de su madre... su padre le dice entonces...

- Pedro, vamos, debemos volver a Galilea...- y dirigiéndose a José le comenta:

- Perdone usted a mi hijo, es que nosotros somos pescadores y hemos venido a visitar a nuestros parientes, cuando vimos el anuncio... Desde ese momento mi hijo está... como en otro mundo...

Los hombres se retiran. María entonces se acerca a la entrada de la cueva y, mirando al cielo, susurra:

- Oh, Señor ¡Qué admirable eres! ¿Qué significa la presencia de los pastores? No comprendo, Dios mío, pero estoy en tus manos... hágase en mí tu voluntad.

Más tarde, María recuesta al niño junto a José, que ya está dormido, agotado por la intensa jornada, y se vuelve a mí... salimos fuera y comenzamos a caminar juntas... tu vestido vuelve a ser celeste y blanco y el paisaje se desdibuja... nos encontramos dentro de la parroquia... antes de la despedida me hablas al alma...:

- Mi buena amiga, los pastores llegaron con un mensaje de luz, de paz, de alegría... al verlos podía pensar en un futuro lleno de maravillas para mi Jesús, el Salvador, el Mesías... pero allí también estaba Pedro, para que yo, años más tarde, entendiese que en el

camino de mi hijo habría también soledad, abandono, traición, ... cruz....

- Entonces, Señora mía, ¿Cuándo comenzó realmente la Pasión de Cristo?

- Es una buena pregunta... busca la respuesta en tu corazón...y pregúntate también ¿Terminó realmente la Pasión de Cristo?... – Acaricias mi cabello y entras, te mezclas entre las gentes, besas a cada niño con ternura infinita... tu beso es como una brisa perfumada... Y vas a colocarte justo al lado del sacerdote, pues tu Hijo está por hacerse pan, pan para los niños, pan para el mundo, pan... sencillamente...

-----

Me quedo pensando... ¡Cuántas coronas de espinas tejí para ti, Señor, cada vez que no te elegí! ¡Cuántas veces te hice más pesada la cruz, más cuesta arriba el camino, cada vez que no tuve el valor de cumplir tu palabra!. Perdóname Señor... perdóname y sonrío, sonrío con los niños que hoy van a recibirte, como los pastores, y cantemos, María, cantemos juntas... “Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”...

## Anuncios dolorosos

El bullicio que rodea la Navidad ha cesado, se han desarmado y guardado, prolijamente, coloridos arbolitos y pintorescos pesebres... esperando, quizás, que en la próxima Navidad “las cosas mejoren”, como si el mero paso del tiempo fuese garantía de mejoría...

- La Noche Buena ¿Se fue así de rápido de tu corazón, María Santísima?

- Jamás se fue, amiga mía, al contrario... quedaron grabados en mi alma todos los perfumes, los sonidos, cada respiración de mi pequeño, los húmedos ojos de José al tomarle en sus brazos, los destellos de luz que las estrellas me regalaban...

- ¿Las estrellas, Señora?

- Las había visto un rato antes de dar a luz... resplandecían, amiga, resplandecían. Esa noche, ese cielo, volvían a mi alma cada vez que el dolor, implacable, me recordaba que los caminos de la salvación tienen más espinas que rosas.

- ¿Cuándo fue que la recordaste por primera vez? Digo, como aferrándote, como buscando respuestas.

- Pues... al poco tiempo de nacer Jesús, precisamente a los cuarenta días, cuando debimos realizar la presentación en el Templo.

- Cuéntame, Señora, cuéntame...

- No, mejor acompáñame, el alma tiene ciertos secretos que las palabras aún no han aprendido a expresar.

Y nos vamos juntas a Belén...

El pequeño Jesús ha aumentado más de un Kg. de peso desde su nacimiento, se ve rozagante, hermoso, con tranquilo sueño y acompasada respiración...

- ¡Benditos pechos que amamantaron la salvación del mundo! Pues no fue fácil para ti, María la lactancia del pequeño, ¿verdad?

- Por cierto, mi madre estaba lejos y no tenía amigas que me aconsejasen, pero recordaba todas las recomendaciones que me había dado mi prima Isabel acerca de las cosas que debe saber una mamá en tales circunstancias...¿Sabes amiga? Muchas veces veo que las mamás tienen dificultades en este tema, ¡Me gustaría tanto

poder ayudarlas! Decirles que me recuerden, que las comprendo, que pasé por lo mismo, que es posible una lactancia exitosa, que es hermosa la estrechísima relación que se crea con el hijo, mirándose ambos a los ojos con esa mirada que encierra todas las palabras del mundo...

Te dejo acunando y alimentando a tu niño y me voy a acostar. Es tarde, al rato lo hacen tú y José luego de ordenar todas sus pertenencias, pues es tiempo de volver a Nazaret, a casa. Pero antes viajarán a Jerusalén para realizar la presentación de Jesús en el Templo y, al mismo tiempo, purificar a María, ya que han transcurridos los cuarenta días del nacimiento del hijo varón, según la ley de Moisés, "...Todo varón primogénito será consagrado al Señor"( Lc 2,23).

Belén esta cerca de Jerusalén. Salimos antes de que amanezca, para llegar a destino pasado el mediodía. El trayecto es bastante tranquilo, los padres están felices por la ceremonia que van a protagonizar. Recuerdo el día del bautismo de mis hijos, sí, sé lo que siente tu corazón, Madre querida...

Jerusalén se dibuja en el horizonte. Llegamos a la casa de unos parientes de José, donde la Sagrada Familia descansa un poco de tan arduo trayecto, y se visten con la indumentaria apropiada para presentarse en el Templo.

Caminamos entre la gente. Ellos son unos más entre la multitud, nada los diferencia. María no hace ningún gesto que hiciese pensar a las gentes que cargaba en sus brazos al Mesías. ¡Qué obediencia de amor!; ¡Qué increíble silencio!... Subimos las escalinatas del Templo. Todo hace pensar que se tratará de una ceremonia más, de un recién nacido más... pues varios niños serán presentados este día. Simeón está allí. Ha salido del recinto. Tiene la mirada iluminada. Como si el viejo anuncio del Espíritu de que no moriría sin ver la salvación de Israel, acabara de hacerse. Bueno, en realidad, ese es uno de los detalles de ese tipo de anuncios, a quienes el tiempo no afecta ni en su frescura, ni en su nitidez, ni en la impresión que deja en el alma que lo recibe.

José y María han subido el último de los escalones, cuando son vistos por el anciano.

Se acerca lentamente a los padres, como quien emprende su último y más importante trayecto... sus ojos están llenos de lágrimas... la pareja entra al recinto, el hombre los sigue... ¡Cuántas cosas pasan en este instante por su mente y por su corazón! ¡Tantos años de espera! El anciano había imaginado este momento de mil maneras. Ver llegar a los padres en fastuosos carruajes, o con custodias quizás, los imaginó vestidos con las más diversas indumentarias, había pensado que los reconocería por los signos exteriores que el mundo valora. Nada de eso ha ocurrido, el Mesías ha llegado ante él en brazos de una mamá-niña-virgen que le sostiene con seguridad. Una mamita de rostro sencillo y mirada de luz, una mamita de ropas humildes y manos como pimpollos de rosa... ¡Y el padre! No es ni un rey, ni un noble, ni un rico hombre, ni un profeta, ni nada que sobresaliese... es un simple trabajador, sus manos callosas certificaban que el Mesías sería alimentado con el sudor de su frente. Nada espectacular, nada ostentoso rodea a este pequeño por cuya visión él se mantenía con vida, sin embargo, hay algo que no podría él explicar. El sol brilla de una manera especial, un extraño perfume inunda el aire, es de esos días en los que uno siente que todo está perfecto y en su sitio, esos instantes que no deberían transcurrir. Sí, Simeón ya no tiene dudas, se acerca a la pareja, los saluda con reverencia y dice a María:

- ¿Me permite usted cargar su niño un momento, Señora?

- Pues... claro- y María no entiende por qué ese anciano le ha pedido a su pequeño... quizás, le recordase a sus hijos o a sus nietos...

El anciano toma al pequeño, lo besa varias veces en la frente, lo mira como extasiado, mientras las lágrimas no cesan de brotar de los cansados ojos. Luego, con todas las fuerzas de su voz y con todo el amor que hay en su alma, levantando al niño con exquisito cuidado dice a toda la humanidad:

- “Ahora, Señor, puedes dejar que tu siervo muera en paz, como lo has prometido, porque mis ojos han visto la salvación que preparaste

delante de todos los pueblos: luz para iluminar a las naciones paganas y gloria de tu pueblo, Israel” (Lc 2,29-32).

El hombre aprieta por última vez al niño contra su pecho y lo devuelve a su madre, quien, junto con su esposo, está admirada por lo que el anciano ha dicho.

Simeón bendice al santo matrimonio, es la última bendición que hace en su vida y es hecha desde lo más profundo del alma. Y a la madre le dice:

- “Este niño será causa de caída y elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón. Así se manifestarán claramente los pensamientos íntimos de muchos” (Lc 2,34-35).

El anciano mira a María un momento a los ojos con infinita ternura, hace luego una reverencia y parte para siempre...

José tiene los ojos enrojecidos, María, que guarda todas estas cosas en su corazón, le toma la mano fuerte, muy fuerte, pues son demasiados acontecimientos juntos... Te miro, María, pues no entiendo la reacción de José... me dices, entonces, serenamente:

- En este instante, tal como me lo explicaría él mismo después, mi esposo comprendió que no serían muchos los años en que estaría con nosotros, sobre todo, que en el momento de la realización de la misión de Jesús en este mundo, yo no lo tendría a mi lado, que grandes dolores debería soportar mi corazón y estaría sola. Para José, Simeón significó al anuncio de su propia y cercana muerte, pero, con la misma disposición de ánimo que aceptaba todas las cosas de su vida, aceptó este anuncio. Su dolor no era por él sino por nosotros, por dejarnos... ahora sé, con absoluta certeza, que nunca nos dejó, que estuvo conmigo en cada alegría y en cada dolor, que fue su amor el que me sostuvo de pie al lado de la cruz... pero aún falta para eso, aún debe entrar Ana, la profetisa...

Callo, María tiene razón, debo conocer los acontecimientos de a uno, para darle a todos su justa dimensión.

Ana entra al Templo como cada día desde hacía más de sesenta años, conoce cada centímetro del lugar como la palma de su mano.

José y María aún están esperando su turno para la presentación, hablando entre ellos de lo sucedido con Simeón...

- Bendito sea este día y bendito seas Oh Señor, que te has dignado mostrarme la salvación del mundo...

María gira la cabeza y se encuentra con una mujer anciana, encorvada por el paso de los años, pero con una mirada serena y dulce...

- Mujer, que tienes en tus brazos a quien tanto hemos esperado, te agradezco en nombre de la humanidad doliente, tu entrega generosa...

- Señora yo...

- Calla, niña, como has callado hasta ahora, que tu silencio será, para la historia, camino de salvación, ejemplo de entrega generosa, luz en la oscuridad.

- Pero, ¿Quién es usted?- interviene José, a quien las palabras de la mujer no hacen más que confirmar su partida antes de la misión del hijo adoptivo.

- Mi nombre es Ana, hija de Fanuel, de la familia de Aser. Joven era yo cuando el Señor me dio un buen esposo, al que acompañé por siete años hasta que la muerte se nos interpuso. Desde entonces, y ya tengo ochenta y cuatro años, no he hecho más que servir a Dios día y noche, con ayunos y oraciones, sin apartarme del Templo. Hoy sentí que debía venir más temprano que de costumbre. Apenas salí de mi casa vi a mi buen amigo Simeón que caminaba rumbo a las montañas. Me extrañó sobremanera. Al acercarme noté en él la mirada más serena, luminosa y radiante que jamás tuvo... me dijo que era ése su último viaje. Y se despidió con estas palabras ” ¿Sabes Ana?... El Señor jamás defrauda a los que en él depositan sus mejores sueños... Y yo siempre soñé ver con mis propios ojos la salvación del mundo... ha llegado Ana... por fin... ve a verlo”, y partió feliz... feliz...

- ¿Cómo reconoció al Niño?- José es un estricto custodio del secreto.

- ¿Conoces esa voz interior que proviene de lo alto y, al mismo tiempo, de las profundidades del alma?

- Por cierto, la conozco- José siente que puede confiar en Ana

- Pues la misma voz me acercó a ustedes... Ahora hablaré de este niño a todos los que esperan la redención de Jerusalén...



Los papás participan de la ceremonia tal como lo ordena la ley. La cotidianidad del Templo se vería alterada desde ahora por la ausencia de Simeón y los anuncios de Ana... anuncios que llegarían a oídos que los aceptarían, a oídos indiferentes y a oídos cargados de odio, como los oídos de Herodes... pero ésa es otra historia.

A la mañana siguiente caminamos lentamente rumbo a Belén. María guarda todos los acontecimientos y los medita en su corazón. La identidad de Jesús había salido ya de la intimidad de sus padres, aunque por treinta y tres años su madre guardaría el secreto de su concepción. La palabra Mesías ha comenzado a pronunciarse con renovadas fuerzas en Jerusalén y en Belén ¿Qué hacer? ¿Cómo sigue esta historia ahora, Señora mía?

- Pues, sencillamente, volvimos a casa y el niño crecía fuerte y sano, José trabajaba en su taller y teníamos lo suficiente para vivir. Muchas veces pensaba en los acontecimientos pasados, en cuales serían los tiempos de callar y los tiempos de hablar... pero una sola certeza guiaba mi corazón, la certeza de que Dios no nos dejaría tomar rumbos equivocados, que Él nos mostraría, de manera evidente, los caminos a seguir. La rutina contrastaba con la magnificencia de los anuncios del ángel y de Simeón, pero estaba allí con el propósito de ayudarme y enseñarme a modelar y dominar mi voluntad, ayudarme a darle el justo valor a las pequeñas cosas, para que comprendiese que la vida de un ser humano se construye desde las pequeñas cosas de la familia, como ladrillos que van formando una pared.

## *Con María, el día de los Santos Inocentes*

Existen, en nuestra vida, dolores que nos resultan incomprensibles, atroces, injustos y, sobre todo, inmerecidos. Pero, sea cual fuere la reacción que tengamos frente al dolor, él sigue allí, y nos atraviesa el alma como una afilada espada. Hoy mi dolor y mi tristeza no me dejan verte, María, como ansía mi corazón, pero sé que estas allí, aunque no pueda sentirte, estas detrás de mi dolor para sostenerme, para transformar el llanto en camino hacia al Padre.

- En profecía cumplida... -dices a mi corazón, mas, no comprendo.

- Hoy voy a hablarte de esos dolores incomprensibles que desgarran el alma y que luego, por la misericordia de Dios, se transforman en camino.

- Háblame Señora, que mi alma tiene tanta sed de tu compañía. Mi alma ansía caminos que no encuentro en la oscuridad de esta noche demasiado larga.

- Yo conozco bien las noches largas. Te hablaré de una en especial, que me pareció eterna. De una noche anunciada, tan anunciada como la Nochebuena, pero olvidada luego por muchos y, lo que me desgarró el alma, una recordación tomada hoy, por tantos, como excusa para bromas.

Esta vez temo seguirte, no sé si tendré valor, pero igualmente me llevas...me llevas... y estamos nuevamente en el recinto de Belén. Vemos como José está despidiendo a tres extraños extranjeros que le habían llevado a tu hijo oro, como símbolo de su dignidad y gran valor, incienso, como símbolo de su comunión con Dios y mirra, para preparar el aceite sagrado de su unción. Tres extraños venidos de lejanas tierras siguiendo una estrella, tres extraños que, buscando al Rey de la Vida, fueron a preguntarle a un rey embriagado de poder, el camino para hallarlo.... y, sin quererlo, despertaron en él fantasmas olvidados... la profecía, la profecía de Belén...

Los extranjeros, que el mundo llamará más tarde los tres Reyes Magos, parten a su tierra por otro camino, evitando pasar cerca del palacio de Herodes, quien los aguarda como un tigre al acecho, para saltar sobre el pequeño Rey desconocido que amenaza su seguridad.

Entramos a la precaria vivienda. José nos sigue y comienza a trabajar, pues el dueño de la finca le había encargado unos arreglos y le pagaría un buen precio por ellos. José tiene los pies sobre la tierra, sabe que debe alimentar a su familia y para ello sólo conoce un modo: su trabajo.

Tu, María, te dispones a preparar la cena. José no aparta la mirada de su labor, pero es evidente que sus pensamientos están en otro sitio, quizás detrás de los muros de un palacio, tratando de leer los pensamientos de un hombre fuera de sí, mas nada te dice. La cena transcurre en paz. La presencia de esos hombres y sus obsequios han dejado más preguntas que respuestas...¿Quiénes eran? ¿Por qué habían venido? ¿Cuál era el real significado de su presencia? ... quizás representan a todos aquellos que no pertenecen al pueblo de Israel y para cuya Salvación también ha venido este niño. Demasiados acontecimientos y pocas explicaciones. La pareja se dispone a descansar pues al día siguiente deberán iniciar el camino hacia Jerusalén, para realizar la purificación de María, tal como lo establece la Ley.

Yo estoy allí, con ellos, no puedo dormir, siento miedo... conozco la historia... la he escuchado mil veces de labios de los sacerdotes. La he leído, pero no es lo mismo estar... estar... y todos, de alguna manera, alguna vez en la vida, también estamos dentro de esta historia... sólo que, engeguados por nuestro propio dolor, no nos damos cuenta.

A la mañana siguiente parten hacia Jerusalén, María me hace señas de que los siga. El camino es largo, el niño, pequeño aún. El animal que nos acompaña va cargado de las pocas pertenencias de los padres y, en su mayor parte, de los pañales y ropita del bebé, recibida generosamente de la esposa del dueño del pesebre.

Luego de la ceremonia del Templo volvimos a Belén, José se nota nervioso... no como quien desconfía de la protección de Dios, sino como un padre responsable que sólo desea actuar correctamente y no sabe cómo, pues presente que Herodes no ha olvidado la

presencia de los extranjeros, ni se quedará quieto ante lo que él considera una amenaza.

Durante los siguientes tres días la familia se dedica a organizar el retorno a Nazaret. José termina sus trabajos pendientes, consiguiendo de esta manera dinero para el viaje y retribuyendo, al mismo tiempo, la hospitalidad al dueño del pesebre, quien sólo pide como pago, el arreglo de una vieja mesa labrada herencia de su padre, trabajo realizado impecablemente por José.

Los planes del Señor y nuestros propios planes no van siempre por iguales caminos. La noche del tercer día no aparenta nada en especial, sólo un cielo cargado de nubarrones amenazantes. Hace frío, María amamanta a su niño y lo recuesta bien calentito en la cuna hecha por su esposo, y una blanca piel de cordero cubre las demás mantas con las que la joven madre abriga a su pequeño. El matrimonio cena al tiempo que comenta los últimos acontecimientos. José tiene largos silencios que inquietan el corazón de María quien, como esposa prudente, no pregunta. Tiran las mantas en el suelo y se disponen a dormir, yo hago lo mismo, María me besa la frente y me dice “Valor, amiga, lo necesitarás...” es la noche de la locura, pero igualmente me quedo dormida... lástima, no tuve el valor de esperar despierta, como tantas veces en la vida en las que no tengo el valor de dominar mi voluntad.

Me despiertan los gritos de José. El hombre está sentado en el suelo, empapado en sudor, su rostro está aterrado pero es sólo por un instante... enseguida se pone en pie, da vueltas en el recinto tratando de ordenar sus pensamientos, seguidamente despierta a María, la toma por los hombros al tiempo que le clama en voz baja:

- ¡María, María! Por el amor de Dios despiértate María!

Ella abre los ojos y se asusta...

- ¿Qué pasa, José? ¡Por Dios! ¿Por qué hablas de esa forma? ¡Jesús, Jesús! ¿Le pasó algo al niño?

- No, pero le pasará si sigues allí acostada... María... he tenido un sueño, que no fue un sueño en realidad... un hombre vestido de blanco me clamaba que te tomara a ti y al niño y huyera a Egipto, pues Herodes busca al niño para matarlo.

- ¡Matarlo!...Dios mío José, que atroz pesadilla.
- María, esposa mía ¡Nos vamos a Egipto! ¡Y nos vamos ya! ¿Comprendes? ¡Ya!
- ¿Qué dices? José... ¿Te das cuenta la distancia que nos separa de Egipto, que es medianoche, afuera arrecia el viento y el frío cala los huesos?...
- María ¿Confías en mí?
- José, confío en ti más que en nadie en esta tierra
- Entonces, amada mía, junta todo y vámonos, los soldados se aproximan cada minuto, por cada palabra que decimos ellos están un metro más cerca... y vienen a matarlo... y no están jugando, pues un loco asesino les ha ordenado deshacerse de Jesús... la pregunta es ¿Cómo lo encontrarán? Mientras a ese loco no se le ocurra... ¡Dios no puedo ni pensarlo!
- Mientras no se le ocurra matarlos a todos... - y María se estremece tanto que José debe sostenerla para que no caiga.

Yo estoy inmóvil, hubiera querido traerles un vehículo, un helicóptero, sacarlos prontamente de allí, pero eso pasa en las películas y esto es la vida real. Los padres (ahora me voy dando cuenta la clase de padre que Dios eligió para Jesús, un Hombre con mayúsculas) preparan todo prontamente, llevan sólo lo indispensable, deben dejar muebles, cuna, todo lo hecho por José. El oro de los magos les permitiría establecerse en Egipto. Dios siempre tan previsor, nos manda las pruebas y los medios para enfrentarlas. Salimos, el viento me termina de despertar, tengo varias mantas puestas encima, pero tiemblo como una hoja, parece que el corazón se me saldrá del pecho en cualquier momento. Montan los animales, María me hizo un lugar en el suyo... partimos... se ve poco, pero se ve, hay luna llena, los nubarrones ya no están, José se encamina hacia Egipto a través de la desértica región, apura el paso, no hay miradas extrañas que noten nuestra presencia. El hombre anda varias horas a marcha forzada, de tanto en tanto mira hacia atrás, con angustia, casi con desesperación. Yo, yo estoy muerta de miedo... veo soldados por todas partes... sé de sobra que no nos alcanzarán... pero una cosa es leerlo y otra estar... estar...

Falta poco para el amanecer. De pronto se escucha un galope cercano, se ve la arena removida por los cascos del animal que se acerca, es un jinete solitario, pero se dirige, peligrosamente, hacia nosotros. José nos recomienda calma, y no decir el nombre del niño. Por fin llega el personaje, un hombre más bien anciano, con la mirada perdida... loco... pobre infeliz... sólo decía:

- ¡Madres, corran, corran con sus hijos! ¡Huyan!...

José baja de su asno y se acerca al pobre hombre:

- ¿Qué le ocurre, amigo? ¿Se siente usted bien?...

- ¡Huyan, huyan mujeres con sus hijos! Sangre... muerte... niños muertos, en todo Belén... niños degollados, atravesadas sus carnecitas por las espadas de los soldados... no escapó ni uno... todo Belén es un grito... solo los pequeños murieron... los menores de dos años... ¿Por qué? ¿Por qué Dios?- grita desgarradoramente el infeliz mirando al cielo- Huyan mujeres... huyan... corran... corran...

El pobre desquiciado comienza a cabalgar nuevamente repitiendo el ya inútil consejo. Tanto horror le ha enloquecido. Se pierde en el paisaje, queriendo huir de los macabros recuerdos pero no hay lugar en donde uno pueda esconderse de los recuerdos.

José y María se miran, abundantes lágrimas caen por sus mejillas, se abrazan y abrazan al niño. Es la noche más larga, más atroz, más cruel, que les ha tocado vivir a ambos. Es la noche anunciada por el profeta Jeremías:

“En Ramá se oyó una voz, hubo lágrimas y gemidos: es Raquel, que llora a sus hijos y no quiere que la consuelen porque ya no existen”(Mt.2,18)

La travesía dura largos días, María se esconde muchas veces a llorar para que José no la vea... no quiere preocuparlo, más su corazón de madre está destrozado. Recuerda la espada anunciada por el anciano Simeón... ya ha comenzado a lastimarla. También veo a José llorar a escondidas, es el llanto de un hombre que se siente impotente ante la injusticia, es el llanto de un hombre justo clamando justicia.

Las primeras casas del poblado egipcio se divisan a la distancia. La noche larga ha terminado, el niño está a salvo, momentáneamente.

- Amiga- dices María, mirándome a los ojos,( mientras tus ropas y las mías vuelven a estos tiempos y el ruido de los automóviles nos sorprende frente la parroquia de Luján, en mi barrio) gracias por compartir conmigo esta noche, una de las más duras de mi tiempo en esta tierra. Realmente, cuesta ver a Dios detrás de tanto dolor, cuesta poder encontrarlo para que nos tome de la mano, cuesta no enloquecer como ese pobre viejo del desierto... cuesta, buena amiga, pero no es imposible, es más, es el único camino. Dios, tras el dolor que nos causan los seres humanos. Dios, sosteniendo. Dios, poniendo rosas sobre tantas espinas. Dios, transformando el dolor en camino de salvación. Dios, permitiendo que nuestra angustia ayude a otros a superar la suya. Cuando tu alma tenga más preguntas que respuestas, más dolor del que crees poder soportar, más soledad que compañía, más desilusión que sueños entonces, más que nunca, búscalos; que siempre habrá un Egipto donde puedas esconderte hasta que pase el temporal.

- Señora- y apenas si puedo contener mis lágrimas- ¡Cuánto, cuánto me amas, cuánto me cuidas, cuánto me enseñas! ¿Te dije ya cuánto te amo?- y me arrojo en tus brazos y lloro por los niños muertos, lloro por mí, lloro por la humanidad.

Mientras te alejas, y yo seco mis lágrimas, un grupo de jóvenes pasa riéndose de uno de ellos, al tiempo que le dicen “¡Qué la inocencia te valga! Ja,ja,ja” típico comentario de las bromas del Día de los Inocentes.

Tengo ganas de gritar, ganas de decirles que el origen de esa recordación es la sangre de niños pequeños derramada por Jesús, pero siento que no vale la pena; prefiero escribir este relato, escribirlo para que tú, después de leerlo, ya no rías con las bromas de los 28 de diciembre. Porque si tú no ríes, si le cuentas esta historia a un amigo y él ya tampoco ríe... entonces... entonces algo habrá cambiado en este mundo... porque recordando a nuestros mártires, los honramos.

## *Con María y un doloroso anuncio de la Pasión*

Aquí estamos, María tú y yo en el silencioso recinto del Templo. Tú, inundándolo todo con tu presencia y ternura; yo mirándote a los ojos, buscando una palabra.

- Buenos días, princesa, muy buenos días.

Y te hallo como siempre, con la mirada dulce y el corazón abierto... esperándome, esperándome siempre.

Y la pregunta me brota desde el alma...

- Dime, Madre, lo que debo comprender cuando el Evangelio me cuenta del día en que Jesús se perdió y como lo hallaste luego en el Templo- y me quedo mirándote... y te pido perdón en silencio por no entender tantas cosas.

- Hija- susurra tu hermosa voz en el enorme silencio- ése... ése fue un anuncio de la Pasión... la primera despedida, el mayor dolor de los que había vivido hasta entonces. Volvieron a mi alma los gritos de Raquel por sus hijos, los Santos Inocentes que ocuparon el lugar de mi Hijo en la locura de Herodes y las palabras de Simeón formando un extraño eco; pero, ven... ven conmigo a la caravana.

A la caravana, sí. Voy contigo, voy contigo aunque no entienda, voy contigo aunque no sea digna, voy contigo porque, al menos, mi pobre alma ha de hacerte compañía.

La caravana que regresa hacia Nazaret está muy concurrida, hay parientes, amigos... casi todos son conocidos, pero también se suma gente de otros lugares que van en la misma dirección.

Después de haber escuchado las enseñanzas de los maestros de la Ley en los patios del Templo los peregrinos tienen abundantes motivos de conversación de manera que, mientras se van realizando las tareas propias de este tipo de travesías, la gente avanza y los grupos se van formando naturalmente... los mayores, los hombres, las mujeres, los jóvenes, los niños... cada uno comentando sus experiencias.

Tú, madre querida, y yo caminamos entre las mujeres. La conversación es animada y tú participas de ella mientras yo voy a tu



lado, en silencio, contemplándote. Ojalá toda mi vida pudiese y supiese caminar así, a tu lado, escuchándote.

De pronto noto como, de tanto en tanto, volteas la cabeza mirando al grupo de jóvenes.

- ¿A quién has perdido, María?- y la pregunta de tu prima me sobresalta.

- Yo... a nadie, sólo que... no distingo a Jesús entre los muchachos.

- No te preocupes, quizás esté con José.

Te confirmas a medias... sigues caminando pero se te nota inquieta la mirada.

- Voy por Él- dices decidida, y te alejas, sin hacer caso de los reproches de las demás por tu exagerado celo.

Te sigo. Al principio caminas... luego... luego ya corres y gritas su nombre

- ¡Jesús, Jesús!... Hijo ¿Dónde estás?...

Te diriges al grupo de hombres donde está José.

- José, ¿Acaso Jesús está contigo?

- No, no está conmigo, pero seguramente estará con los muchachos, ya sabes como es él.

- Vamos a buscarlo, José, por favor.

Tu esposo te sigue. Luego de preguntar a todos los conocidos y parientes y habiendo transcurrido un día desde la partida, José y María tienen una profunda angustia en el alma.

- ¡Jesús, Jesús!- y ya muchas voces llaman al joven Mesías... era el grito de la humanidad buscando al Salvador, era el llamado de cada alma, de cada corazón que ya no encuentra caminos, de cada hombre sin esperanza.

- Volveremos a Jerusalén, María...

- Ay, José ¡Qué enorme angustia!- y te abrazaste a él llorando.

- Lo encontraremos, María, lo encontraremos, lo sé- el hombre trata de mantener la calma y pensar con serenidad – volvamos, ya mismo, nos espera otro día de camino hasta Jerusalén.

Emprenden el regreso, caminan un rato y luego deben descansar, voy tras ustedes como una sombra. Ante tanto dolor sólo cabe la compañía, pues las palabras sobran.

Al día siguiente seguimos viaje, y Jerusalén se divisa al anochecer. Dos días han transcurrido desde que lo vieran por última vez, dos largos y tristes días.

Cae ya la noche cuando entramos a la ciudad, vamos a la casa de unos conocidos donde habían estado los días de la fiesta.

La gente se sorprende mucho al verlos regresar.

-¿Qué hacen ustedes aquí, amigos?

- Es, que no podemos encontrar a Jesús, de hecho, no estaba en la caravana, así que decidimos regresar, seguramente se ha quedado en la ciudad por alguna razón que no comprendemos.

- No le hemos visto pero... pasen, pasen por favor, no se quedarán allí toda la noche. Pasen y descansen, mandaré a mis hijos a preguntar a la casa de todos los parientes, seguramente alguien debe haberlo visto.

María está al borde de sus fuerzas, por la enorme angustia y el cansancio de dos días de camino. Los parientes le preparan algo para comer y un lugar donde descansar, pero los padres no se acuestan hasta que regresan los muchachos que han salido a buscar a Jesús.

Entrada la noche, vuelven los jóvenes y sus rostros lo dicen todo, nadie había visto a Jesús. María rompe en llanto... es el llanto de todas las madres, por todos los hijos.

La noche es larga y difícil, con un amanecer que se empecina en no llegar.

Te levantas antes de que salga el sol y te pones a orar a Dios... a suplicar por tu Hijo. Las súplicas de María... te miro yo desde un rincón, nunca te había visto rezar, madre mía... en realidad nunca vi rezar a nadie de esa manera... tus oraciones, María...que llegan al corazón del Padre, perfumadas por las virtudes de tu alma, por la pureza de tus pensamientos, por la inmensidad de tu amor. Es la oración de la Hija de Dios Padre, de la Madre de Dios Hijo, de la Esposa del Espíritu Santo.

Notas mi presencia, y te acercas a mí, me abrazas y tus lágrimas caen sobre mis hombros como tantas veces las mías cayeron sobre tu manto.

-¿Sabes, hija? Confío en que su Padre Celestial lo está cuidando. Sé que debo esperar una señal, sí, una señal que me dirá donde encontrarlo. Sólo temo que mi dolor no me permita verla.

- Madre, Dios no te daría una señal que no pudieras ver...

- Quizá toda esta situación ya sea una señal pero... ¿De qué?...

Amanece. La ciudad despierta. Después de comer algo para recuperar fuerzas, salimos en búsqueda del Niño. Las horas pasan y la angustia es ya difícil de soportar. Puedo apreciar así, madre querida, la magnitud de algunas de tus virtudes, tu fe inquebrantable, tu esperanza sin límites ni sombras.

A pesar de ello no entiendes cómo los pájaros pueden cantar, cómo el sol puede brillar, cómo el mundo puede seguir su camino si el Salvador está lejos del alma ¡Oh, Dios! ¿Cómo pueden?

Tal como te lo dictara tu esperanza, la señal llega, clara, sencilla, dibujada en el rostro del último mendigo de Jerusalén.

-¡Peregrinos! ¡Llegáis tarde al Templo!- dice un anciano casi ciego, harapiento, pero con una voz que resuena como mil campanas.

-¿Qué dices, buen hombre?- pregunta José, extrañado.

- Tres días, tres largos días hace que debían venir al Templo... aquí están todas las respuestas... y todos los caminos...

Te miro, María, y tus labios susurran...

-La señal... la señal ¡Oh, Dios mío! ¡La señal!...

Y sales en precipitada carrera, José y yo te seguimos sin comprender. Llegas al Templo, subes las escalinatas, que esta vez te parecen demasiado largas. Buscas en las salas...y en una de ellas, allí está. Tu corazón se sobresalta de gozo al verlo, te queda chico el pecho para tanto latido, Madre querida. De repente, oyes cantar a todos los pájaros y te ilumina la mirada el brillo del sol. Luego, por esas cosas que tiene el corazón de una madre, se te mezclan los sentimientos, la alegría y el reproche, la paz y las preguntas... esas cosas que nos pasan a las mamás ante ciertas actitudes de los hijos

en que no sabemos si queremos abrazarlos o reprenderlos y terminamos haciendo lo uno y lo otro.

José está ya a tu lado y ambos contemplan la escena, maravillados. Jesús está "...en medio de los doctores de la Ley, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Y todos los que lo oían estaban asombrados de su inteligencia y sus respuestas".

Jesús los ve y se les acerca. Su mirada es serena, segura, como quien conoce bien de donde viene y hacia donde va.

El hijo abraza a su papá terrenal y luego a ti María, el abrazo es largo y profundo. ¡Qué descanso para tu alma dolorida! Alivio infinito... Agradecimiento infinito... Amor infinito...

Entonces, todo tu corazón de madre estalla en una pregunta...

- "Hijo mío ¿Por qué nos has hecho esto? Piensa que tu padre y yo te buscábamos angustiados"

La respuesta del joven es una declaración de su misión en esta tierra, haciéndoles notar que él se debe sólo a la voluntad del Padre, sin ataduras terrenales. En su respuesta Jesús les pide a sus padres que le dejen cumplir la voluntad de Aquel que le ha enviado...

- "¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que yo debo ocuparme de los asuntos de mi Padre?" (Lc 2,46-50).

Jesús les está hablando de su vocación, y la respuesta de sus padres, aunque sin comprenderlo totalmente, es generosa. Jesús sigue viviendo con ellos pero no les pertenece. Él se debe al Padre. Pienso aquí, madre mía, en todos los padres que tienen una respuesta generosa cuando sus hijos les hablan de su vocación... en especial de la vocación religiosa...

-Hijo... yo, lo siento, no comprendo...- y lo miras a los ojos con amor infinito, con un amor capaz del mayor de los desprendimientos. Jesús ya no es un niño, a su alma le crecieron alas de libertad, alas de salvación.

- Madre querida, es necesario que me respondas con todo tu corazón lo que voy a preguntarte... si alguna vez, para estas fechas... vuelvo a alejarme, por tres días, por tres largos y difíciles días, más largos y difíciles que los que acabas de vivir... cuando ya nadie crea en mi regreso, tú, querida madre ¿Me esperarás?...

- Hijo de mi alma, sigo sin comprender tus palabras, pero puedes estar seguro de que te esperaré, contra toda esperanza y cuando ya nadie espere, yo esperaré.

- Y yo volveré, no lo dudes jamás, siempre volveré... como siempre llego al alma que me busca y espera... siempre.

José contempla la escena en silencio. Se acerca a su familia y, colocando sus manos en los hombros de ambos, les dice:

- ¿No creen que ya es hora de ir a casa?

- Es cierto, padre- contesta Jesús- aún es tiempo de estar en casa.

Y parten los tres de regreso a Nazaret.

Y es allí donde tú, dulce madre, te vuelves a mí y tomas mis manos, mientras volvemos al recinto del Templo, que ya ha comenzado a llenarse de fieles esperando la Santa Misa.

-¿Has comprendido, querida hija? Así fueron esos días, de anuncios velados y verdades escondidas. Así comencé a comprender, en parte, que este Hijo tenía una misión del Padre que yo no alcanzaba a ver, pero para cumplirla debía desplegar sus alas, volar, partir... y yo debía dejarlo partir desde mi corazón... era el acto de amor más grande que me pedía y... ¿Cómo negárselo, si le amaba tanto?.. También espero que tu corazón haya comprendido que, aunque la búsqueda de Jesús parezca larga y difícil, él siempre está al final del camino... siempre..., pero tu alma debe ir lo suficientemente provista de oración, que alimenta y hace crecer la fe... y de fe, que necesita demostrarse en la oración.

El sacerdote está por entrar a dar la Misa. Mi alma te abraza, Señora, en nuestra imagen de la Inmaculada Concepción.

-Nos vemos junto a la Eucaristía-es tu saludo, hermoso, pleno, tierno.

Te miro agradecida. Tengo ganas de llorar de alegría pero me voy a un banco. Tenemos una cita, las dos, junto a Jesús Eucaristía.

-----

A ti, que lees estas líneas, recuerda la fe de María, la oración de María, la esperanza de María, cada vez que sientas que Jesús se aleja de tu alma, y búscalo como ella lo buscó, y te abrazará como la abrazó a ella, no lo dudes jamás.

## *En Domingo de Ramos*

¿Sabes, María...? Faltan pocos días para la Semana Santa, mañana es domingo de Ramos. Por misericordia de Dios, este año he tomado mayor conciencia del sentido de estos días en mi propia vida. Por un exquisito detalle de amor de mi Señor he aprendido a ver, en mi propio dolor, no una ausencia de Dios, sino una presencia real de su amor, dándome, en cada momento difícil, la oportunidad de transitar con Él mi propio camino de Salvación. Por eso quiero acercarme hoy a ti, maestra del alma, para que, como mi madre que eres, me tomes de la mano y me muestres el camino hacia tu Hijo.

- El camino hacia mi Hijo, el único camino que vale la pena transitar. Yo quisiera que todos anhelaran ese camino pero, no hablaremos de eso ahora. Ven, vamos a Jerusalén, que la gente ya se está acercando a Jesús y nos costará trabajo abrirnos paso entre la multitud. Y te sigo... ¿Qué otra cosa puedo hacer? Si seguirte termina siendo siempre luz para el corazón, paz para el alma.

Tal como lo dijiste, la gran multitud que había venido para la fiesta de la Pascua se enteró de que Jesús se dirigía a Jerusalén. Llegamos justo cuando Jesús está montando un asno para entrar a la ciudad. La gente se apretuja por acercársele, muchos han visto la resurrección de Lázaro y dan testimonio. Vemos a las mujeres de Galilea, silenciosas, que lo siguen. Tú, Madre querida, te acercas para verlo sin que él lo note, tienes ganas de abrazarlo, de cuidarlo, de atenderlo como cuando era pequeño. Lo nombras "Jesús, amor de mi alma". Es apenas un susurro en el griterío de la gente, apenas si yo, que estoy pegadita a vos, lo oigo con dificultad, pero tu Hijo te oye, gira la cabeza y sus ojos purísimos y mansos se encuentran con los tuyos. Es una mirada larga, llena de palabras que van de corazón a corazón, por un instante sé que están en ese lugar sólo ustedes dos... miles de ángeles inclinan la cabeza con respeto, es una mirada de amor profundo, de entrega sin límites a la Voluntad del Padre... una mirada de despedida. Luego, Él se vuelve a las gentes, el tosco animal inicia su marcha triunfal, mientras el pueblo extiende sus mantos como improvisada alfombra real. Las ramas de olivos, arrancadas por cientos de manos, son verdes pañuelos que saludan al

Mesías, claro, que en este momento nadie piensa que los verdes pañuelos de hoy serán ramas marchitas en pocos días, que se quemarán con el fuego de la indiferencia o el abandono. Al llegar a la pendiente del monte de los Olivos, comenzamos a escuchar de mil gargantas: "...¡Hosana! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor, el rey de Israel!"( Jn 12,13).

Tú y yo, María, caminamos entre las gentes, nadie te reconoce, nadie ve en ti a la mujer por cuyo sí hoy tienen ellos a quien aclamar.

- Mucha gente- dijiste con tristeza- mucha gente hoy, como en la multiplicación de los panes o en el sermón de la barca...mas, todos lo dejarán solo en pocos días.

- Señora- y siento vergüenza por mí, ya que muchas veces yo lo había saludado desde mi Monte de los Olivos y lo había dejado solo después- ¡Cuánto nos ama tu Hijo, Cuánto!

- Mi corazón puede sentir la angustia del suyo, hija mía. Al mirarlo, hace un momento, noté una mirada triste, angustiada, mas no por Él sino por toda esta gente, solitaria, porque Él sabe que este bullicio es pasajero. Una mirada decidida, porque mi Hijo vino para hacer la Voluntad del Padre. Una mirada valiente, porque sabe que aún falta la lucha final y está determinado a vencer pues su victoria es nuestra única esperanza. Una mirada en paz, con la tranquilidad profunda de la verdadera libertad que es hacer lo que debe hacerse, aquello para lo que cada ser fue concebido desde el principio de los tiempos.

- Señora ¿Irás a la casa donde se hospedaré Él?. Es que así lo tendrás más cerca.

- No, yo estaré cerca, Él sabe que estoy, pero debo dejarle en libertad. Él debe cumplir su misión hasta el final.

- ¿Qué siente tu corazón ahora, Madre querida? Perdona la torpeza de la pregunta, pero... es admirable como estás de pie, en silencio, sin gritos, aún en medio del dolor te mantienes serena ¿De dónde sacas fuerzas, Señora?.

- Pues del mismo por quien sufro, amiga mía. Verás, cuando el ángel me anunció que sería la madre del Mesías, yo sentí que aceptar era como dar un gran salto al vacío, pero sabía que más vacía

quedaría si me negaba. Desde ese momento hasta hoy he pasado por muchísimas circunstancias que me han ido enseñando quien es en realidad este Hijo mío, que es mío pero no me pertenece. Aprendí que ser su mamá era sólo ser un puente, que mi “sí” unía su decisión de salvar la humanidad con la humanidad misma, pero nada más. No me asistía el derecho de anteponer mis sentimientos a su misión salvadora, debía aprender el valor de la renuncia.

- Señora ¿Qué debe aprender mi alma de este día?

- Debe aprender que es fácil reconocerlo y amarlo cuando todo marcha bien, que no es gran mérito aclamar su nombre cuando todos lo hacen y “queda bien”... debes recordar que, después de cada Domingo de Ramos viene el Jueves Santo y el gallo también cantará tres veces para ti.

- ¿Qué hacer, entonces?

- Seguirlo siempre, aún en medio de tu propio dolor, ver que te espera detrás del sufrimiento, que no te deja sola, que está contigo, sobre todo cuando tú crees que está lejos. Recuerda siempre que Él te amó tanto que padeció todo esto por ti, para que tuvieses vida eterna.

Seguimos a Jesús hasta que llega a la ciudad. Luego Él va al Templo y María queda contemplándolo desde lejos. Antes de entrar al recinto el Hijo la mira. Su mirada es... indescriptible, una extraña mezcla de amor, tristeza, paciencia y soledad... En pocos días todo habrá terminado y, al mismo tiempo, todo habrá comenzado.

- Hija querida -dices, mientras me abrazas con ternura- espero que tu corazón haya aprendido, haya crecido, haya conocido de cuanto es capaz el amor de Dios... aunque, hija mía... la verdadera dimensión de ese amor no puede ser comprendida en este mundo.

Gracias, Señora mía, por este tiempo que nos dedicas a tus hijos... gracias... Y te vas... te vas y te quedas al mismo tiempo... como dice la Escritura, nadie puede separarnos del amor de Cristo... y, por consiguiente, Señora mía, tampoco nadie puede separarnos de tu amor.

-----

Amigo, amiga, que lees estas líneas... ten un Domingo de Ramos acompañado de María.



## *Con María, Camino del Calvario*

Es sábado en la mañana. Llueve. Los niños duermen aún, es temprano, tengo un momento para mí. Mientras pongo la pava al fuego para tomar unos mates, siento que me miras detrás de tu imagen. Te invito a mi mesa, sencilla, humilde mesa argentina, desayuno de mates con pan y manteca...y tú vienes, como siempre...y te sientas junto a mí, toda una reina, toda una mamá.

- María, amiga mía del alma, hoy necesito conversar contigo sobre este tiempo tan especial, difícil y aleccionador de la vida de tu Hijo como fue, es y será por siempre la Semana Santa.... quisiera saber.

- No, amiga, no, “saber” quizás no sea la palabra, debes... debes sentirlo y comprenderlo en tu corazón. Puedes conocer el relato de los hechos de memoria, y, al mismo tiempo, no comprenderlos, y si no los comprendes no te ayudan en la salvación de tu alma, y si no te ayudan en esto, pues, de nada te sirven.

- Ayúdame, Señora, a comprender el significado de la Pasión de Cristo, desde el fondo del alma... ¿Por dónde empiezo?.

- Por tu propia vida

- ¿Mi vida...dices? ...

- Mira tu historia- y comenzamos a transitar juntas por los caminos de mi propia existencia (bueno, la verdad es que me hubiese gustado llevar conmigo unos cuantos metros de tela y tijeras, para cortarlos y tapar las escenas de las que me avergüenzo... pero es tarde), ¿Recuerdas cuántas veces entraste triunfante a Jerusalén?

- Sí- y recuerdo las veces en las que la vida me sonreía, en las que tenía muchos amigos, en las que recibí aplausos y todo parecía estar perfecto- sí amiga, muchas veces sentí que la vida cortaba ramas de olivo y los ponía a mis pies.

- Y tú te creías importante por ello-la voz de María se pone muy triste, apenas si puedo yo soportar su mirada, no está enojada, ¡Está triste!-¿Verdad Susana?, ¿Te sentiste importante sólo porque el mundo te sonreía? ¿No pudiste reconocer que era temporal, que con la misma rapidez con que te sonreía, te olvidaría, pues ya habría

logrado su objetivo, que era hacer brillar tu orgullo, palidecer tu humildad, entristecer a mi Hijo?

Comienzo a llorar, es demasiado, y recién comenzamos. Nunca pensé tener esta conversación contigo, María, pero tanto te amo que no me importa cuánto me reprendas, te sigo, María, te sigo.

- Bien, Susana querida, vamos ahora a la noche del jueves, a la noche de la cena... ¿Tuviste oportunidad en tu vida de lavar los pies de tus amigos?

- Sí- y mi voz es apenas un susurro

- Pero... ¿No las aprovechaste todas, verdad? ¡Claro! ¿Cómo tú ibas a rebajarte a lavarles los pies? ¿Cómo tú, con todo lo que crees saber, con todo lo que crees ser, ibas a rebajarte? Amiga, cada vez que no lo hiciste, no sólo perdiste una oportunidad de doblegar tu orgullo, de ejercer la humildad, sino que es como si dijese que Cristo sí podía, pero ¡Tú no! Porque ¡Claro! Mi Hijo es una persona de la Santísima Trinidad y, como todo lo puede, resulta que también todo lo es fácil, pero... ¿Has olvidado que se hizo hombre para ser igual a ti? ¿Sabes que igual significa eso: igual? ¿Crees que Él no tenía conciencia de quién era? ¿No tenía Jesús un millón de veces más derecho que tú a no arrodillarse ante los demás y lavar sus pies?... amiga mía querida, de ahora en adelante, aprovecha cada oportunidad que tengas de lavar los pies, recuerda que Jesús lavó también los de Judas. Recuerda eso cuando tu orgullo y vanidad se alcen a gritos mientras tú tomas jabón y toalla.

- María, querida madre mía, me comprometo aquí y ahora a poner todo de mí para no desaprovechar esas oportunidades, tú... tú sólo pídele a tu Hijo amado que me dé luz suficiente como para reconocerlas.

- La tendrás amiga, todos la tienen, si la piden... todos. Pasemos ahora a la escena de Judas. ¿Cuántas veces has besado hipócritamente a quienes no considerabas tus amigos? ¿Cuántas veces has sonreído, siniestramente, mientras sabías que estabas traicionando? ¿Acaso no retumbaron en tus oídos, al besar con falsía, las palabras de mi Hijo “Judas, con un beso entregas al Hijo del Hombre?”(Lc. 22,48) Amiga mía, no te digo esto porque esté enojada contigo, de ninguna manera, no te digo esto porque te ame

poco, no, si te amara poco, pues poco me importaría de ti, y te dejaría a la deriva o, lo que es peor aún, te dejaría a merced de ti misma...

- María querida, es cierto todo lo que dices, pues ves mi alma en toda su dimensión y conoces que, muchas veces, mi conducta ha lastimado el corazón de tu Hijo. ¿Qué decir? ¿Qué argumentar? Nada, pues, con sólo mirar tus ojos entristecidos se desarmen todos mis argumentos ¡Pensar que me aferré tanto a ellos y ahora no pueden sostenerme, ahora veo que, en realidad, sus raíces se alimentaban de mi orgullo y vanidad, sus raíces eran débiles!

- ¡Bien, hija bien! Estás comprendiendo... ¿Te das cuenta? Ese es el mensaje, comprenderlo desde tu propia vida.

- María, temo seguir... temo seguir...

- Pues debes hacerlo, es duro, difícil, sobre todo llegar al tiempo de la muerte de Jesús, pero debes aferrarte a su resurrección, es la única manera.

- Sigamos entonces...

- ¿Recuerdas el anuncio de las negaciones de Pedro?, Jesús sabía lo que iba a pasar en el alma de su amigo. Sabía también que debía suceder, para que Pedro aprendiese hasta que punto podía caer y desde donde podía levantarse... ¿Cuántas veces Jesús te anunció que tú también le negarías, quizás no con las palabras, pero sí con tu conducta?

- Demasiadas, Señora, demasiadas...

- Bien, acompañemos ahora al Salvador mientras ora en el Huerto. Está triste y solo. Le pide a sus amigos que lo esperen despierto, es sólo un momento, mas ellos se duermen. ¿Cuántas veces te encontró a ti dormida, amiga? ¿Cuántas veces dejaste para más tarde, para más adelante, el replanteo serio de ciertas actitudes sólo dictadas por tu orgullo y vanidad, y Jesús te encontró en medio de ellas?. Mientras Él estaba orando y necesitaba de ti, tú dormías ¡Más tarde te despertarías, más adelante, ya tendrías tiempo...! Nunca sabes cuando Jesús vendrá por ti ¿Por qué dejas el cuidado de tu alma para más adelante? ¿Por qué te duermes en el mullido colchón que te ofrece el mundo?

- Señora, ¡Cuánto tiempo he perdido!...

- Ya vienen por Jesús, ya vienen por Él. Judas lo besa. Un amigo saca su espada y mi Hijo lo detiene. Deben cumplirse las Escrituras. Él podría solicitar al Padre “..doce legiones de ángeles” (Mt. 26,53) pero calla, Él podría eliminarlos a todos sólo con una mirada, pero no lo hace... Jesús obedece la Voluntad del Padre, sabiendo que le pide el mayor de los sacrificios, su propia vida... pues el alma de Jesús era un solo grito: “Padre mío...no se haga mi voluntad, sino la tuya!”( Mt 26,39) ¿Cuántas veces no aceptaste la Voluntad de Dios en tu propia vida y terminaste lastimada? Hija mía del alma, la voluntad de Dios es siempre el mejor y más seguro de los caminos, aunque tú no lo comprendas prontamente.

- Lo sé, y ahora veo con claridad de que he tenido más caminos a mi alcance de los que yo misma tengo conciencia...quisiera, Señora, borrar todos los pecados de mi vida si pudiera. Si pudiera volver a nacer y hacer todo otra vez ...

- Puedes hija, puedes. Recuerda las Escrituras. Recuerda la canción que te enseñaron esas religiosas que tanto amas “Hay que nacer del agua y del Espíritu de Dios, hay que nacer del Amor...” Puedes nacer de nuevo. Debes nacer de nuevo. Cristo borra tus pecados con su Preciosísima Sangre, si tú los confiesas en el sacramento de la Reconciliación. ¡Puedes hacerlo amiga! ¿Qué estas esperando?. Sigamos con Jesús y su dolor, las espinas marcan su cabeza, que tantas veces acaricié. El látigo lastima su espalda sobre la que cargará la salvación del mundo. El camino del Calvario comienza. Pero se le siguen agregando espinas, pobre hijo... ¿Sabes cuáles? Las que nacen de los pecados de los que, debiendo recordarle a cada instante, lo olvidan, porque... ¡Y bueno! Porque dicen, a veces, que la religión es una cosa y esta situación otra, o que no podemos meter a Jesús en todo... ¡Cuán equivocados están! Jesús “es” todo, y las circunstancias de la vida son sólo disfraces del pecado para tentar a cada uno donde más débil es.

- Hoy quiero nacer de nuevo. Hoy quiero nacer de nuevo, Señora, por Jesús.

- La cruz ya pesa sobre sus espaldas, carga sobre sí los pecados del mundo ¡Qué pesada le resulta! Cae, bajo el peso de la cruz y un dolor que le ciega... se levanta ¿Cuántas veces, amiga, te tiró abajo

el peso de tu cruz y allí te quedaste? Gimiendo, llorando y lamentándote que Dios te había olvidado... por ello, perdiste de tomar su mano, que la extendía desde la Eternidad para sostenerte. ¡Ay, mi buena amiga!.. hubiese bastado con que levantaras los ojos, en lugar de mirar solamente el lugar de tu caída. Era tan simple. Es tan simple.

Sigamos. La cruz deja huellas en la arena, una línea que se mezcla con las huellas de sus pies y la sangre Preciosísima. Simón de Cirene le ayuda. ¿Cuántas veces tuviste la oportunidad de ser Simón de Cirene para tu hermano, para un Cristo cansado y agobiado que se escondía tras el desesperado rostro de tu hermano? Recuerda, amiga, que hay oportunidades que pasan ante ti una sola vez, que el hermano a quien no ayudaste pasó, siguió su camino, ya no tendrás oportunidad de ayudarlo, quizás a otro, pero a ése... a ése ya no. Simón de Cirene, amiga, recuérdalo cada vez que tu hermano te mire en silencio, cada vez que el dolor le nuble el alma. No hace falta que se arrodille ante ti, ni que inicie un expediente para solicitar tu ayuda, ni que espere a que tú “tengas tiempo”, ni siquiera que juzgues si “merece o no” tu ayuda. Sólo carga su cruz unos metros, sólo unos metros, verás que, cuando él siga su camino, tu propia cruz será más liviana.

- Simón de Cirene- y recuerdo que demasiadas veces mi hermano me miró con desesperación, pero no llenaba los “requisitos” exigidos por mi orgullo y vanidad para prestarle ayuda. Siento, a esta altura, un gran dolor por mis pecados, un gran dolor.

- Hija querida, mi alma también está llena de dolor al recordar estos momentos.

- Calla, entonces, Señora.

- No, amiga, mi misión es conducirte a mi Hijo. Seguiremos, si mi dolor te da luz entonces tiene sentido. Mira, le han clavado en la cruz. Estoy a su lado... habla... habla...

- ¿Qué dice Jesús, Señora? ¿Qué dice?

- Él dice... dice... tu nombre... tu nombre y el de todos... los nombra, uno a uno, como si nombrarlos le diera la fuerza que necesita para llegar al final. Luego, luego dice a Juan y a mí...”Mujer, aquí tienes a tu hijo” “Aquí tienes a tu madre”( Jn

19,26-27)... el resto es sólo un susurro. "Todos, todos, todos"... Él te nombró, amiga, los nombró a todos, eso los hace hermanos... hermanos...

Te miro, tus ojos están llenos de lágrimas. Tienes ojeras, eres ahora la Dolorosa. La Dolorosa... quiero abrazarte, pero...no soy digna. Lo notas. Te me adelantas, me abrazas, lloramos juntas largo rato, yo, por mis pecados, tú... tú por mí, por todos...



C. Yañez  
2004

## *Con María, esperando la Resurrección*

- Esperando la Resurrección- y tu voz, suave, casi como mezclada en los susurros del viento me despierta el alma.

- Madre... ¿Puedo acompañarte, aunque sea sólo unos momentos? Tienes tan dolorido el corazón...

- Claro, hija claro, es más, me hace bien que te quedes conmigo, para que esperemos juntas... aunque bien sabes que no serán días fáciles.

- Señora... yo... no sé- y allí comienzo a ver que nunca te había acompañado en estos días- por favor, enséñame, Madre, enséñame, que nada entiendo...

- Esperar la Resurrección es un paso que debes dar desde la fe, esperar la Resurrección no es sólo dejar pasar los días desde el Viernes Santo al Domingo de Pascua. Esperar la Resurrección es un proceso, un camino que debes recorrer, voluntariamente.

- ¿Y donde empieza ese camino, Madre mía?

- Como ya te he dicho, empieza en tu propia vida, en tus propias experiencias, cada vez que llegan a ti las pruebas. Cuando todo es oscuridad, dolor, cuando hay más preguntas que respuestas, allí debes aferrarte a la Resurrección. Allí debes aprender a esperar.

- ¿Cómo fue la espera para ti, Señora?

- Nada fácil, hija querida, nada fácil. Mi amor por Jesús y mi fe me sostenían en pie, junto a la cruz, con el alma traspasada de dolor. Fueron demasiados acontecimientos que mi alma y mi corazón no alcanzaban a comprender. Cuando regresaba a la casa, se mezclaban en mí el recuerdo del anuncio del ángel, las palabras de Simeón, los años compartidos con Jesús, sus enseñanzas, su final, su dolor y el mío. Yo guardaba todas estas cosas y las meditaba en mi corazón. Pero, asimismo, en medio del dolor, esperaba... esperaba...

- ¿Qué esperabas, si no comprendías?

- Lo esperaba a Él, hija, lo esperaba a Jesús. Mi corazón me decía que de alguna manera, Él no me dejaría sola, no dejaría solos a los que, un día, llamó sus amigos.

- Entonces...

- Entonces, hija, ésa es la forma en que debes esperar la Resurrección. Desde tu propia experiencia, desde tu propia fe, desde el amor que sientes por Jesús... y si te falta la fe, pídelas... pídelas...

- ¿Cómo, Madre, cómo? Si soy yo tan torpe, si tanto me cuesta entender las cosas, ¿Cómo sabré pedir más fe?

- Pídelas en la oración, búscalas en la oración, y si te falta constancia para orar, intenta vencerte en esto. Ora cuando sientas fuerza en el alma y ora también cuando sientas sequedad. Ora cuando escuches respuestas y ora aún cuando todo sea silencio. Ora y espera, hija... que mientras oras, van pasando los tres días y llega a tu alma el Domingo de Pascua.

- ¿Cómo lo reconoceré, Señora? ¿Cómo reconoceré al Maestro resucitado?

- Lo reconocerás al partir el pan. Lo reconocerás en la Eucaristía.

- ¡Oh, Señora! ¡La promesa! ¡La promesa de Jesús! “... Yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo” (Mt 28,20).

- Así es hija, así es...

Mientras mi corazón habla contigo, mis pasos me van llevando de regreso a casa, en el camino se halla la Parroquia, allí me abrazas fuerte y te despides.

- Ve a tu casa, a tu vida, a tus obligaciones, a tus sueños. Ve y espera, hija. Nunca dejes de esperar aunque la noche sea oscura y el dolor incomprensible, aunque te queden los pasos sin caminos, tú espera, espera, que yo esperaré contigo.

Esperar, esperar en la oración... oración que es respuesta y camino. Consuelo y compañía. Esperar contigo, María... ¡Qué consuelo para el alma, saber que siempre puedo esperar contigo!



## Con María, recordando la Ascensión

Cuarenta largos y extraordinarios días han transcurrido, Madre querida, desde el glorioso Domingo de Pascua.

Durante este tiempo, tu humilde corazón de madre repasó una y otra vez sus tesoros escondidos. En ése volver del alma cada acontecimiento vivido cobra ahora, sentido diferente. Pero tú, dulce Madre, a pesar de ser la elegida, la llena de gracia, la saludada por los ángeles y por los creyentes, tú no quieres brillar por esos días, pues Aquél cuya luz es inextinguible aún debe terminar la labor por la que había bajado del cielo a habitar en tu purísimo vientre. Por eso te mantienes casi oculta, limitándote a ser una presencia orante en la Iglesia naciente. Así te encuentro en los Evangelios, pero... necesito que me cuentes, Señora, lo que ha sido para ti el día de la Ascensión.

Y cierro los ojos tratando de imaginar tu rostro, tu mirada, tu voz serena que me responde al alma.

-El día de la Ascensión fue el final ansiado, presentido, mas nunca totalmente imaginado por mí, de la historia de amor más bella que jamás haya existido. Una historia de amor que comenzó un día, ya lejano, y al mismo tiempo tan cercano, en Nazaret. Una historia que transcurrió durante treinta años, en el silencio y sumisión a mi amor materno, de Aquél por quien el mundo debía salvarse.

- ¡Ah, Señora!, en esa sumisión a ti Jesús glorificó grandemente al Padre, por ello es que tus hijos glorificamos al Padre sometiéndonos a ti (2).

Sonríes... Tu mirada se pierde ahora en la lejanía

- Como te decía, la Ascensión es final y, al mismo tiempo, comienzo y promesa, camino y esperanza... por esos días Jesús se aparecía a sus amigos y les daba, con la fuerza extraordinaria de quien es la Verdad, los últimos consejos, las últimas recomendaciones, y les regalaba al alma, las más hermosas promesas.

Recuerdo claramente el día de su partida... era casi mediodía, el sol brillaba con fuerza, y hasta casi con alegría. Mi Hijo caminaba cerca de Betania con sus amigos, les pedía que fuesen hasta los

confines de la tierra enseñando su Palabra. Su voz sonaba segura, serena, protectora, especialmente cuando les entregó aquella promesa que sería luego manantial de fe y esperanza para tantos hijos de mi alma...” Yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo”

Yo presentía la partida... y Él sabía que necesitaba abrazarlo... como cuando era pequeño, como cuando le hallamos en el Templo, luego de aquella lejana angustia. Él lo sabía y vino hasta mí, me miró con ternura infinita y me abrazó fuerte, muy fuerte, y susurró a mis oídos...:

- Gracias Madre, gracias... gracias por tu entrega generosa, por tu confianza sin límites, por tu humildad ejemplar... gracias.

Cuando se alejaba ya de mí se acercó Juan, el discípulo a quien Jesús amaba mucho. Entonces el Maestro le dijo, mirándome:

- Cuidala Juan, cuidala y hónrala... protéjala y escúchala. Ella será para ti, y para todos, camino corto, seguro y cierto hasta mi corazón. Hónrala Juan, pues haciéndolo... me honras.

- Lo haré, Maestro, lo haré...- contestó Juan desde lo más profundo de su corazón.

Jesús y Juan volvieron con los demás. En ese momento mi Hijo, levantando las manos, los bendijo. Y mientras los bendecía se separó de ellos y subió al cielo ante sus ojos y una nube comenzó a cubrirlo, delicadamente.

Los apóstoles se arrodillaron ante Él.

Mientras yo levantaba mi mano en señal de despedida y mis ojos se llenaban de lágrimas, sentí que me miraba... y su mirada me hablaba...

- ¿Qué te decía, Señora? ¿Qué te decía Jesús mientras partía?

- “Espérame, Madre, enviaré por ti... espérame...”

Ay! Hija mía, mi corazón rebosaba de gozo. En tanto los amigos de Jesús miraban fijamente al cielo, como extasiados. En ese momento se acercaron a ellos dos hombres vestidos de blanco que les dijeron: “ Hombres de Galilea, ¿Por qué siguen mirando al cielo? Este Jesús que les ha sido quitado y fue elevado al cielo, vendrá de la misma manera que lo han visto partir”( Hch 1,11)

Los hombres tardaron un rato en reaccionar, luego, uno a uno, se fueron acercando a mí.

- Debemos volver a Jerusalén, tal como Él lo pidió- dijo Pedro, quien sentía que debía velar por esa Iglesia naciente, hasta en el más mínimo detalle.

Los demás asintieron. Volvimos y subimos a la habitación superior de la casa. Nos sentamos todos. Pedro comenzó a recitar, emocionado, la oración que Jesús nos enseñó, al finalizar dijo:

- Hermanos, permanezcamos en oración hasta que llegue el día en que, según la promesa de Cristo, seamos bautizados con el Espíritu Santo.

Yo me retiré a prepararles algo para comer. Juan se acercó y me abrazó largamente. Yo sentía que comenzaba a amarlos como a mis hijos... me sentía madre... intensamente madre... y nacía en mí una necesidad imperiosa de repetir a cada hijo del alma, aquellas palabras que pronunciara en Caná de Galilea: "...Hagan todo lo que él les diga"( Jn 2,5)

Así nos quedamos, hija, nos quedamos todos esperando Pentecostés, la Iglesia primera, en una humilde casa de Jerusalén.

Espero haber contestado lo que tu alma me preguntó...

-Claro, Madre amada, claro que sí, como siempre, eres para tus hijos modelo de virtud, camino seguro hacia Jesús... compañera y amiga . Una vez más y millones de veces te lo diría, gracias, gracias por haber aceptado ser nuestra mamá, gracias por ocuparte de cada detalle relacionado a la salvación de nuestras almas, gracias por enseñarnos como honrarte, porque haciéndolo, honramos a Jesús... gracias por defendernos en el peligro... gracias por ser compañera, compañera, compañera....

Ahora, Santa Madre, debes enseñarnos a esperar, adecuadamente, Pentecostés.

-----  
Amigos que leen estas líneas, María ansía entrar a sus corazones para contarles las maravillas de Pentecostés... háganle sitio... es la mejor decisión que pueden tomar... no lo duden jamás...

(2) San Luis María Grignon de Montfort "Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen" pag 94. Edit. Esin, S.A. -1999

## Con María, esperando Pentecostés

Aquí te espero, Señora mía, en este punto de mi vida y unos días antes de Pentecostés para que tú, Madre querida, me enseñes, me expliques, me acompañes a recibir al que nos ha prometido Jesús.

Quiero encontrarte hoy Señora, mas, ¿Dónde te busco? Mi alma comienza a susurrarte amorosamente un Ave María: Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo... si Madre, el Señor es contigo y eres llena de gracia... llena de gracia, esa gracia que enamora al mismo Dios, y ha sido sembrada en tu alma por el Espíritu Santo. Tú lo conoces bien Señora, hánblanos de Él...

Y mi corazón te busca, y tú, siempre atenta, te llegas a mi alma y a mis sueños y me cuentas... me enseñas... me amas...

- Hija querida, para que tu corazón entienda lo que significa albergar al Espíritu Santo, lo primero y más necesario es que sea un corazón de puertas abiertas. Un corazón que espera, un corazón que confía más allá de los límites, un corazón que pide a Jesús a cada instante "Señor, aumenta mi fe".

- Es bien cierto Señora, tú has hallado gracia delante de Dios por tu oración silenciosa, perseverante, confiadísima, y por tus virtudes, delicadamente sembradas en el alma de quien debía recibir al Salvador del mundo. Virtudes aceptadas por ti con alegría, y vividas con fe, no como carga u obligación, sino como signo de amor. Señora, tú conoces bien al Espíritu... no en vano la Iglesia nos dice que eres su fiel esposa.

- Así es hija, el Espíritu llegó a mí el día de la Encarnación como propuesta de amor... y me inundó el alma. Mi vida no fue la misma a partir de aquel día, es que las personas ya no son las mismas luego que Él entra en sus almas...

- ¿Cómo es esto, Señora? ¿Cómo sabemos que Él ha llegado a nuestra alma?. Lo sabemos por fe, sí, que lo hemos recibido en el Bautismo y en la Confirmación, pero... ¿Cómo nos damos cuenta en nuestra vida diaria, en la rutina, de que nos estamos dejando guiar por Él o si hacemos oídos sordos a sus consejos, a las santas inclinaciones que sugiere a nuestra alma?

- No eres la primera que me hace esta pregunta. Hace ya tiempo me la hizo Tomás. Sí, Tomás el Mellizo, el Apóstol, el que no había creído cuando Jesús se presentó a sus compañeros..., pero ven, vamos a Jerusalén, así lo ves por ti misma.

Mi corazón cierra los ojos al mundo y te sigue, es una sensación hermosa, seguirte, adondequiera que vayas, seguirte, no hay camino más hermoso, María, no hay camino más seguro.

Jerusalén se presenta ante nuestros ojos quieto y sin ruido, apenas está por salir el sol. Uno que otro habitante va saliendo a sus diarias tareas. Entramos las dos a la ciudad sin ser vistas. Llegamos a una construcción de dos plantas, que en nada se diferencia del resto de las viviendas. Allí se reunían los Apóstoles y algunas mujeres... quizás es la misma casa en que se celebró la Última Cena, pero no quiero preguntar... es demasiado fuerte toda la situación, prefiero seguirte sin preguntas.

Entras, delicadamente, como entras en las almas de los que te aman. Te sigo. Es el día de Pentecostés, la fiesta de la cosecha, la plenitud y la abundancia, han transcurrido cincuenta días desde el Domingo de Pascua. Los Apóstoles están ya reunidos en oración en el piso superior. Te dedicas a prepararles unos alimentos. Te ayudo en lo poco que yo sé, en realidad, sólo atino a mirarte, extasiada. Cuando todo está listo, subes a alimentar a tus amigos, a tus hijos... y recuerdo como alimentas a todos tus hijos, proporcionando a tus devotos todo lo necesario para el cuerpo y el alma.

Los hombres han hecho un alto en la oración y agradecen tu gesto maternal. Cuando bajas, notas que te sigue Tomás, el Mellizo, el hombre está un poco turbado y sus ojos denotan una gran preocupación...

- Señora mía- te dice, y su voz rebosa de amor y respeto- necesito preguntarte algo...

- Dime hijo, te escucho...

- Señora, bien sabes lo que me ha sucedido con el Maestro, cuando me negué a creer en su Resurrección. Cuando se presentó ante mí yo me sentí avergonzado a causa de mi incredulidad y lo que más me dolió fue la expresión de sus ojos cuando me dijo "...En adelante no seas incrédulo sino hombre de fe"(Jn 20,27)... su mirada reflejaba

dolor por mi falta de fe. Señora, no quiero fallarle de nuevo al Maestro, Él nos dijo que nos enviaría el Paráclito, el Espíritu Santo y yo... yo tengo miedo de no reconocerlo... tú sabes, Madre.

Madre... la palabra revolotea en el aire y lo perfuma, sí Madre, Madre nuestra, Madre de la Iglesia, Madre que escucha y aconseja, Madre que calma y consuela... Madre.

- Tomás, hijo, no temas-contesta la llena de gracia- no temas, tu corazón debe tener abierta sus puertas al amor de Dios, confiar. Él conoce tus debilidades, pero también conoce tu amor... sólo pide, hijo mío, sólo pide a Dios luz para el alma, luz para tu corazón, y el Espíritu te dará todo lo que pides y más, mucho más.

- ¿Cómo lo reconoceré, Señora?

- Porque Él te dará la fuerza que necesites para cumplir la Voluntad de Dios.

- ¿Cómo sabré que es lo que Dios espera de mí?

- Hijo, lo que Dios espera de ti es que ames como Jesús te ama. El amor, además de mandamiento es camino, y es mandamiento porque es camino. Ama, hijo, pero ama como Jesús te ama, con esa intensidad. No esperes realizar grandes milagros u obras para sentir que estás cumpliendo la voluntad de Dios. Se puede cumplir la voluntad del Padre en las cosas más sencillas, y se puede desobedecer al Padre también en las cosas más sencillas. Una madre, cumple la voluntad de Dios amando, cuidando, alimentando a sus hijos, siendo su amiga y serena consejera. Un padre, cumple la voluntad de Dios protegiendo a su familia, velando por su unidad, siendo faro en las tormentas del alma, llevando calma y paz. Un trabajador cumple la voluntad de Dios siendo fiel en su labor, respetando a los demás, buscando siempre la paz.

Tomás te mira con rostro aliviado, te abraza con infinita ternura y veo como gruesas lágrimas surcan el rostro del hombre. ¡Qué hermosa imagen me regalas al corazón Madre querida! Un hombre que se abraza a ti y puede llorar. Toda la angustia del alma, se transforma en lágrimas y caen sobre tu manto... y retornan al hombre hechas consejo y camino.

Subimos nuevamente al piso superior. Pedro comienza las oraciones... De repente viene del cielo un ruido, como el de una

violenta ráfaga de viento y aparecen unas lenguas, como de fuego, que se reparten y van posándose sobre cada uno de ellos. Todos quedan llenos del Espíritu Santo y comienzan a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concede que se expresen.

Los hombres están entre maravillados y emocionados. Comienza a escucharse el griterío de la gente que ha llegado atraída por el ruido del viento y se agolpa afuera de la casa. Los Apóstoles bajan y se acercan a las personas que allí están y comienzan a proclamar las maravillas de Dios en distintos idiomas, así, cada uno de los presentes les escucha en su propia lengua nativa.

Tan opuesta esta escena a la de la Torre de Babel, donde el orgullo de los hombres provocó el nacimiento de las distintas lenguas y no podían entenderse... aquí, gracias al Espíritu, las diferentes lenguas no son obstáculo para el mensaje, sino canal por el que llegar a todo hombre.

Tú, Señora mía, te quedas arriba... te pregunto, tímidamente...

- ¿Y ahora, Madre?

- Pues, acabas de presenciar el nacimiento de la Iglesia. Una Iglesia que proclama el amor de Dios en toda lengua y a toda cultura. Una Iglesia de puertas abiertas y corazón orante. Una Iglesia que es cuerpo de Cristo... y, como todo cuerpo, tiene muchos miembros.

- Explicame esto, Señora...

- Hija, todos acaban de ser bautizados en el único Espíritu, y así lo serán los que vayan creyendo el mensaje de Jesús... pero cada uno tiene un lugar dentro del cuerpo Místico de Cristo. Para que entiendas... un cuerpo no es sólo ojos, o manos, o pies, eso no sería un cuerpo, un cuerpo está formado por muchos miembros, unos más notables otros menos notables, pero todos igualmente necesarios y válidos. Algunas personas piensan de que porque no es evidente en ellos alguna habilidad especial, no pueden encontrar la voluntad de Dios para ellos, nada más lejos de la realidad... mira, no se trata de las cosas que se hacen, sino del amor con que se hacen. Tiene más mérito a los ojos de Dios una mamá que sirve un plato de arroz a sus hijos con infinito amor en la intimidad del hogar, que una persona que alimenta a diez sólo para que los demás vean su

generosidad. No se trata de las escalas del mundo sino de las escalas de Dios ¿Puedes entenderlo? Todos los bautizados han recibido un don especial del Espíritu Santo. Encontrar ese don, a veces dormido dentro del alma, es todo un esfuerzo, implica idas y venidas en el interior de uno mismo, pero luego de la búsqueda y del esfuerzo, el don despliega las alas. Todas las personas son muy capaces para algo, según los dones del Espíritu. Algunos serán favorecidos con el don de la sabiduría, otros de la inteligencia, otros de la fortaleza, otros del consejo. Para otros habrá espíritu de ciencia y en otros de piedad, y para otros habrá un santo temor de Dios. Pero encontrar esos dones dentro del alma, supone un esfuerzo, nadie pretenda descubrirlos mágicamente. Además, luego de encontrarlos hay que hacerlos dar fruto, pues recuerda lo que dijo Jesús: "...al que tiene, se le dará; pero al no tiene, se le quitará aún lo que tiene"(Lc 19,25)

Te acercas a mí. Tu mirada me da paz, mucha paz. Bajamos, la gente se agolpa en la puerta de la casa, salimos sin ser vistas. Sólo un hombre repara en ti y te reconoce, se acerca y te dice...

- Señora...Señora...

Me alejo para que hablen solos. Cuando te retiras, el hombre tiene la mirada como iluminada, y una sonrisa llena de paz. Los primeros devotos tuyos, Señora, los primeros sencillos y fieles devotos.

Volvemos juntas a mi realidad de todos los días. Se acerca el domingo de Pentecostés. Quiero esperarlo en oración y con las puertas de mi corazón abiertas, como tú me enseñaste. Debemos despedirnos...

- Gracias, Madre -susurra mi alma sin ganas de dejarte- gracias... cada vez que mi corazón te encuentra termina fortalecido, gracias...

- Nos vemos, querida, nos vemos en la misa de Pentecostés, te estaré esperando.

Vuelvo a mi realidad, mientras mi corazón te da el último abrazo y se despidе de ti.

Tú susurras algo, que no alcanzo a escuchar...me quedo con la duda ¿Qué dijiste María, que mi apuro no me dejó oír?... un pensamiento me viene al corazón, quizás dijiste..." Hija, algún día comprenderás que no hay despedidas entre nosotras, que siempre



estamos juntas, que siempre estoy a tu lado, aunque, muchas veces, tu angustia, tu soledad, tu tristeza, no te permitan verme”....

-----

Amigo que lees estas líneas... espero que tengas un hermoso domingo de Pentecostés... que tu corazón se llene de fuerza para multiplicar los hermosos dones con que el Espíritu ha adornado tu alma.

## Con María, en la fiesta del Corpus

Hoy es la fiesta del Corpus. La fiesta de Jesús Pan de Vida, de Jesús Vino de Redención, de Jesús Comunión, de Jesús repartido en miles de bocas, de Jesús habitando en infinitos corazones. Hoy es fiesta de pan, de mesa sencilla, de manos extendidas.

¿Cómo honrarte, Señor, en esta fiesta? Y se me vienen al alma las palabras de tu madre... caen, como en tropel, apuradas.. sí... las palabras de tu madre: “HAGAN TODO LO QUE EL LES DIGA”.

Hoy necesito decirte, Señora mía, que ya no hay más vino en la fiesta de mi vida... y tú, me miras a los ojos, caminas lentamente hacia Jesús y le presentas mi problema. Él susurra algo a tu oído... te vuelves hacia mí y me dices “HAZ LO QUE ÉL TE DIGA”... repites la frase, una vez, cien, mil, las que sean necesarias, hasta que yo comprenda.

Pero no me es fácil.

Hoy, si Dios quiere, caminaré en la Procesión siguiendo al Santísimo... hoy... pero ¿Y mañana?... Cuándo ya no se escuchen los cantos ni haya pétalos de flores ni olor a incienso... mañana, ¿Seguiré también a Cristo a cada instante? ¿Seguiré haciendo “Lo que Él me diga”? ¿Cómo se hace María querida?...

- ¡Mi hija amada, es tan simple!!!, -y tu voz de mil campanas resuena en mi alma y se transforma en camino-... hija, es simple, lo cual no significa que sea fácil. Sólo que debes estar muy atenta. En cada circunstancia, en cada momento, en cada enojo, en cada arranque de ira, busca el Santísimo y continúa en la procesión.

-Señora, ¿Cómo podré? Soy tan torpe y pecadora, tan impulsiva y atropellada...

- Pues te equivocas mucho allí, tú no ERES como dices, sino que OPTAS POR SERLO en cada circunstancia. Recuerda, hija mía del alma, que en toda situación tienes siempre dos alternativas, una de las cuales es Cristo, tu alma sabe de lo que hablo ¿Verdad?.

- Claro, Señora, claro- y me da mucha vergüenza porque tú conoces que en demasiadas oportunidades no tomé la decisión correcta.

- Bien, entonces, amiga, intenta que la Procesión del Corpus no termine en tu vida cuando el sacerdote deje la Sagrada Forma en el altar, haz que toda tu existencia sea una larga procesión, siempre detrás de Él, siempre.

- Señora, tu misma vida así lo fue, recuerdo las Escrituras. Tú siempre tras Jesús, de lejos, sin hacer ostentación de tus privilegios de madre, de lejos, pero con Él. Tu hijo sabía que estabas cerca y al final, cuando ya nadie quedaba en la última procesión, cuando el cuerpo amado quedó expuesto en medio del dolor de la Cruz, allí estabas, de pie, sencillamente, con la espada anunciada desgarrándote el alma... la última procesión, la que acompañaste hasta el final. Mucha gente fue con Él, mujeres piadosas, el Cireneo, los discípulos, mas tú, Madre amadísima, llegaste hasta el final. Tu mirada le consolaba en tan gigantesca soledad... y tanto te amó, que te dedicó las últimas palabras... en medio de su dolor..."Madre,..." y te nombró. Tu respuesta fue una mirada de amor profundo. Tu respuesta fue la obediencia, yéndote a vivir a la casa de tu hijo Juan, nacido en el dolor de un adiós. Toda tu vida, Señora mía, fue una larga procesión tras el Hijo amado.

- Querida mía, mi alma está feliz porque has comprendido, eso ya es mucho, sé que no será fácil para ti lo que te pido, pero es el único camino.

- Señora, ¿me acompañarás?

- Siempre, hija mía, siempre... estaré contigo cada vez que me necesites. ¿Entiendes? No es lo mismo que cada vez que me llames, sino cada vez que me necesites. Aunque no me llames, como tu madre que soy estaré para mostrarte el camino de la paz... y estaré para vendar tus heridas cuando el dolor te llegue. Estaré como estoy con cada hijo mío, de quien conozco su nombre, su alma, sus problemas, sus angustias y alegrías, sus soledades, sus vacíos. Estoy para decirles que hay un Dios que los ama, que los ama tanto, tanto, que quiso quedarse con ustedes en la Eucaristía. Estoy al lado de cada sacerdote al celebrar la misa, como madre atenta. Estoy porque los amo mucho y porque allí está mi Hijo. Estoy con el sacerdote en la misa y, también, en las soledades de su alma, cuando los feligreses se van, cuando se apagan las velas, cuando el silencio lo invade todo,

cuando los sueños se rompen, cuando la soledad irrumpe sin permiso, estoy, siempre, estoy allí. Con las religiosas, en su oración silenciosa que se transforma, al llegar al cielo, en canto agradable a Dios. Estoy con los laicos, desde el primero hasta el último, no hay escalas para mí. Hija mía, te deseo a ti y a todos los que leen estas líneas un feliz día del Corpus, nos vemos en la Procesión, en las dos, en la de hoy y en la otra... la Procesión de la vida....



C. Y. V. <sup>in</sup>  
ENEZ 2004

## Con María, en busca del Sagrado Corazón de Jesús

María Santísima, mañana es la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, quisiera prepararme bien para ella... pero... ¿Cómo prepararme para aquello que aún no comprendo bien?. Sí, asistiré a misa, dejaré mis peticiones y agradecimientos en el Corazón de tu Hijo. ¿Puedes ayudarme a comprender lo que realmente significa amar el Corazón de Jesús?.

Puedo sentir que me miras desde tu imagen, puedo y quiero leer en tus ojos la respuesta....

- ¿Por qué no se lo preguntas a Jesús mismo?... vamos, atrévete... Él está muy ansioso por hacerte comprender.

- Señora mía... es que... no me atrevo, soy tan pecadora, tengo tanto de que arrepentirme.

- *Vengan a mí todos los que estén cansados, que yo los aliviaré...*

Y las palabras de tu Hijo resuenan en mi corazón.

- ¿Has comprendido, hija mía? Jesús te espera desde siempre, no debes rendir examen para acercarte a Él, solo ámale, camina hacia Él con toda tu carga y deposítala a sus pies. Él hará el resto.

Siento que somos tres conversando, que Jesús me vuela a repetir...

- *"...Aprende de mí, que soy paciente y humilde de corazón..."*  
(Mt. 11,29).

- ¿Ves hija, cómo te va mostrando el camino? Amar el Corazón de Cristo es tratar de imitarle, en todo, en cada momento, tratar de comprender, dentro de lo que puedas, cuánto, cuánto, cuánto te ama.

- Señora...imitarle... sí, pero es que, no sé como se hace eso en mi día a día...

- Pues... paso a paso, en cada decisión que tomes piensa: "¿Le será agradable a Jesús?". Cuando hables con las personas piensa: "¿Si fuese Jesús quien está escondido tras ese rostro?". Sobre todo cuando te enojas con alguien o cuando tu orgullo herido reclame a gritos una reparación, piensa: "¿Jesús verá con buenos ojos mi reacción?" Si ya hablaste por tu vanidad herida, medita: "¿Me alcanzarán estos argumentos ante Cristo?". Hija querida, no hacen falta, para imitar a Cristo, grandes y titánicas obras. No pretendas

abrir tú sola las aguas del mar... no, pequeña, sólo trata de actuar en cada momento como Él espera que lo hagas. No por presión, no como un amo severo que se la pasa controlándote para, al menor descuido, volcar su ira sobre ti. Nada más lejos de eso. Míralo como un compañero de viaje que te indica la ruta más segura. Como un maestro que te enseña el camino. Como un padre que no quiere que te lastimes. Cada palabra, cada consejo, nacido del profundo amor de su Sagrado Corazón, es para que tú no te pierdas.

- Voy entendiendo...poco a poco, voy entendiendo.

- ¿Recuerdas cuando un leproso se le acercó?, suplicándole de rodillas: “Si quieres puedes curarme... a Él se le conmovió el Corazón” (Mc. 1,41). Así pasa contigo. Pero analiza bien este hecho, el leproso “se le acercó” o sea, caminó hacia Jesús, recorrió la distancia que lo separaba de Él, con todo lo que significaba esa decisión. Luego le dijo “si quieres...puedes...” o sea, reconoció que Cristo podía hacer lo que Él le pedía, mas nada le exigía, sólo aceptaba su voluntad. Es entonces cuando a Jesús “se le conmovió el Corazón”. ¿Comprendes, hija?. Conmover el corazón de Cristo no es difícil sólo debes: acercarte a Él, pedirle, confiar y por último, aceptar su voluntad.

- Señora mía, me hablas con tu corazón, le hablas al mío. ¿Quién soy yo para que te dignes explicarme tanto?.

- Eres mi hija ¿Lo has olvidado? Una y mil veces te hablaría hasta que encontraras el camino y la paz.

- *“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba, si cree en mí. Pues como dice la Escritura: brotarán de su Corazón ríos de agua viva” (Jn. 7,37-39).*

- ¿Escucha tu alma las promesas de mi Hijo?.

Claro que mi alma las escucha. Poco a poco voy comprendiendo que no existe mejor lugar para el alma, que el Corazón de Cristo. Es un sitio lleno de amor, de paz, de profunda serenidad, tiene la calma de todos los atardeceres, el perfume de todas las flores, el canto de todos los pájaros, y el amor más grande, más profundo, más exquisito que hubiera existido jamás.

- Los apóstoles ya habían descubierto el inmenso tesoro del Corazón del Mesías. San Agustín lo notó, por eso dijo: “San Juan, en

la Cena, se reclinó en el pecho del Señor para significar así que bebía de su Corazón los más profundos secretos...” Para que entiendas más aún, te contaré lo que es para mí ese Corazón amado... cuyos primeros latidos imaginaba al colocar mi mano temblorosa sobre mi vientre, en aquellos días de Nazaret..., después, en Belén, cuando José puso su pequeño cuerpecito entre mis brazos, sentí ese suave y acompasado latido. A medida que iba creciendo, fui aprendiendo el lenguaje de ese corazón, en cada palabra, en cada gesto, en cada mirada, ERA Y ES un corazón rebosante de amor y misericordia... El día que lo comprendas desde el fondo de tu alma, ya nunca estarás sola.

Me besas la frente y te vas. Lentamente, te mezclas entre la gente...tus palabras quedan en mi alma... esperando... esperando...esperando... sigo orando para que yo sepa ver, poco a poco, cuán bello es el sitio que me tienes reservado en tu SAGRADO CORAZÓN.

## María, y un Río de Rosas

- Durante estos días, en los que debí guardar cama por mi salud, he pensado muchísimo, Señora, en el tema del Santo Rosario. Tú siempre nos dices que debemos rezarlo. La Iglesia misma nos aconseja y yo... amiga mía, trato de hacerlo, pero... me falta constancia. Es que entre el trabajo, la casa, la familia, rara vez hallo el tiempo de rezarlo completo. No te molestes pero a veces me baja sueño, es... tan monótono, decir siempre lo mismo, siento que termino no diciendo nada. María, no te me enojés, por favor, es que no entiendo como ese simple cordón lleno de cuentas iguales, sin nada en particular, puede ayudar a salvar mi alma.

No quiero ni levantar mi mirada hacia ti, Señora, pues supongo que estarás muy desilusionada de mí. Todo es silencio en la Parroquia de Luján, en esta tarde de domingo.

- Hija querida ¡Si supieras cuánto te amo! Sabrías que no puedo entristecerme por tan poco.

Miro tu rostro y tu sonrisa mansa me inspira confianza, como siempre.

- Lo que sucede contigo, es que del Rosario sólo ves las cuentas.

- No entiendo, Señora...

- Claro, hija, dejas que el árbol te oculte el bosque...te quedas en las cuentas... en la repetición monótona... así ¡Hasta yo me dormiría!

- Y... ¿Qué debo ver, entonces?

- Debes ver las rosas- dices con voz angelical, que, viniendo desde los comienzos del tiempo, parece un eco de tu respuesta al ángel...

- Perdón María pero... ¿Qué rosas?

- Trataré de explicarte, el Rosario es... un río de rosas, un hermoso, difícil, triste y glorioso río de rosas que, si puedes verlo en cada uno de sus misterios, te aseguro te parecerán pocas las cuentas del cordón.

- Enséñame, Señora, a ver tan bello río.

- Bien, comenzaré por decirte que este río tiene una fuente inagotable, que son los Misterios Gozosos, y tres poderosos



afluentes que son los Misterios Dolorosos, Gloriosos y Luminosos. El río nace pleno de rosas blancas allá en Nazaret... aún recuerdo el perfume del Ángel Gabriel... piensa, hija, siente y medita ese momento. Acompáñame a la pequeña habitación, quédate conmigo mientras repites los 10 Ave María. Escucha el saludo del ángel... escucha con el alma como describe la Encarnación del Hijo de Dios en su más humilde esclava...

- ¡Es cierto, Señora!... Reina mía, es cierto, pocos resultan los diez rezos para acompañarte en semejante momento.

- Luego, hija mía, las rosas se van salpicando de arena, porque me acompañan en la caravana a casa de Isabel, afrontan conmigo el viento y la soledad, y me cubren con sus pétalos para que nadie sospeche el secreto. Mientras rezas este misterio, escucha el sonido del viento, deja que me apoye en tu hombro, porque el viaje es largo y estoy un poco cansada...

Ya estamos entrando al tercer misterio, las rosas se han tornado rosadas y con una increíble suavidad... muchas decidieron dejar sus pétalos en el pesebre, morir allí, para ser cuna de Cristo, decidieron entregar sus pétalos, para que no lastimasen al niño las espinas ¿Comprendes, hija? Ya había espinas esperando a Jesús. Oye, mientras rezas, como cantan los ángeles, percibe desde el alma como el cielo, expectante, espera en Belén.

- Señora... ahora voy comprendiendo, como debe mi alma entrar en cada misterio, conocerlo profundamente, aprender de cada gesto, de cada palabra del Maestro y tuya... así, no soy yo quien reza, sino mi alma, extasiada de amor, hace brotar de mis labios la oración hecha alabanza.

- Me alegras mucho, querida, me alegras al esforzarte por comprender. Tú sólo pon la voluntad de comprender, que mi Hijo te iluminará al alma, ni lo dudes. Sigamos ahora, si miras las rosas con atención, veras que tienen fulgores plateados... me esperan ansiosas a la puerta del Templo... Jesús es reconocido por Simeón, pero el color de las rosas me habla de espadas que aún no puedo ver.

En el último misterio las rosas están azuladas de angustia... mi Hijo no está conmigo, son tres días de búsqueda desesperada, tres

días que son prefacio de los que llegarán después. Al tercer día las rosas se van dirigiendo al Templo, las sigo, ya casi no razono pues un atroz dolor me desgarró el alma..., entro al Templo, tras José ¡Allí está! Bendito Dios, no entiendo, no importa, lo abrazo, le pregunto, lo miro, lo beso... mi hijo, mi querido amor. Volvemos a casa, las rosas nos siguen... por dieciocho años el río vivirá oculto en mi corazón. Serán largos y difíciles años, en los que la rutina contrastará con la magnificencia del anuncio del ángel, pero será tiempo de aprendizaje para mí. Valiosos años, hija, muy valiosos. Dime ahora, querida mía ¿Te has aburrido rezando los misterios gozosos?.

- Para nada, hermosa Madre mía, mil horas te escucharía. Me has regalado una inmensa alegría al despertar en mí esta forma de rezar el Rosario.

- Pero aún nos queda un problema, hija..., tú me decías que no hallabas tiempo entre las muchas tareas que realizas... piensa hijas, las tareas, son eso, tareas, necesarias unas, superfluas otras. ¿Todas son beneficiosas para la salvación de tu alma?. Trata de que nunca te falte tiempo para la oración. Ese tiempo es más bien un estado interior. Verás como la oración es el camino para hallar la paz. Sentirás que tienes de donde aferrarte para superar las tormentas del alma. Sólo la oración te acerca al corazón amoroso de Dios... no existe sitio más bello.

Te marchas ahora, María, me dejas tu mejor sonrisa, un beso en el alma, y una profunda enseñanza. Te vas y te quedas. Siempre estarás cuando te necesite... no, mejor decir, siempre estarás... no sólo cuando te necesite, sino siempre, siempre. Querida madre mía... aún debes contarme como sigue este río de rosas, como han llegado las rosas a ser cuentas y las cuentas oración. Pero eso será otro día... ahora... ahora sostengo el rosario entre mis manos... ya no será más un cordón con cuentas... ahora, tú me has enseñado a ver en él un Río de Rosas....

## **Tu encuentro con María**

Este espacio es para ti, que has leído este libro... este espacio es para que escribas tu encuentro con María...